

El incomprendido y el pregonero

Historias basadas en hechos reales

Fernando Aguilera

REPARTO

El incomprendido

ALFREDO.

ANGUSTIAS.

GABRIELA.

MATILDE.

ISMAEL.

AMPARO.

EULALIA.

PEDRO.

El pregonero

ANTONIO.

ALICIA.

OFELIA.

ELISA.

TERESA.

VIRTUDES.

ZOILA.

EMILIA.

CÁNDIDA.

Primera parte

EL INCOMPRENDIDO

1 El Infierno

Santa Cruz de la Zarza, 1950. Al fondo, seis bastidores juntos muestran la pintura de una vista panorámica del interior de la casa de Alfredo, con habitaciones cuyas puertas de entrada dan a un amplio patio interior, una higuera frondosa, etc. Mismo decorado para toda esta primera historia del Retablo. Al centro, una mesa con mantel, florero con flores y cuatro sillas. Música de instrumentos de viento, 20'', mientras se ilumina la escena en lento fade up. Fuera música. Entra ANGUSTIAS, rabiosa, dispone cuatro cubiertos mientras maldice entre dientes. Va hacia la izquierda-público.

ANGUSTIAS.- (A público.) ¡Juanito, a comer! **(Atisba.)** No, a la calle no. Niño ven aquí. **(Para sí.)** ¡Mierda, ahí llega mi padre! **(A público.)** ¡Juanito, hijo, ve con tu padre! **(Silencio.)** ¡Con tu padre, joder, no con el abuelo! **(Pausa.)** ¡NO LE HAGAS CASO A ESE TÍO MALÓN! ¡JUAN, COGE AL NIÑO! **(Para sí.)** ¡Me cago en too! ¡Qué desgracia de padre! **(Mutis por la derecha y entra con un plato de torreznos.)**

ALFREDO.- (Voz en off.) (Cantando.)

Mi hija tan bonita
coge ideas al vuelo
pa hablarle a su hijo
muy mal de su abuelo.

(Entra ALFREDO. Trae un ejemplar de la publicación, El Tecolote.)

ANGUSTIAS.- ¡¿Qué significa ese cantar?!

ALFREDO.- Hija mía, ¿qué tal se te ha dao la mañana?

ANGUSTIAS.- ¡¿Y el niño?! ¿Qué has hecho con

Juanito?

ALFREDO.- A tu marido tan bonito lo he entregado cagadito.

ANGUSTIAS.- ¡Hombre loco!

ALFREDO.- Siéntate con tu padre el coco. (**Mutis de ANGUSTIAS por la derecha. Se sienta a la cabecera izquierda de la mesa y come torreznos. Entra ANGUSTIAS sollozando.**) ¿Qué pasa, hija? (**ANGUSTIAS se sienta a la cabecera derecha de la mesa. Silencio.**) Vaya a torreznos... De gorrino de 40 años.

ANGUSTIAS.- Menos mal que me queda poco.

ALFREDO.- Como me falla la dentera (**coge un torrezno y se lo guarda en el bolsillo**), a la cartera.

ANGUSTIAS.- (**Se levanta, saca el torrezno del bolsillo de su padre y lo deja en el plato.**) Padre, ¿pero cómo puedes ser tan guarro?

ALFREDO.- ¿Guarro yo? Al lado de otros a mí no se me nota.

ANGUSTIAS.- ¡Qué importan los otros...! Qué vergüenza, madre mía.

ALFREDO.- El sábado te marchas de casa con tu hijo y tu marío. Ya no tendrás que avergonzarte de tu padre.

Veremos si vuelves al otro día,
que tu marío es inútil noche y día.

ANGUSTIAS.- (**Da un puñetazo en la mesa.**) ¡Basta ya!

ALFREDO.- No te enfades, hija. La felicidad de la vida depende más de nuestro ánimo que de las cosas que nos rodean.

ANGUSTIAS.- Vaya tontuna.

ALFREDO.- ¿Quién de nuestros inquilinos falta por pagar?

ANGUSTIAS.- La señora Gabrielita.

ALFREDO.- Iré a cobrarle. El alquiler del zapatero. (**Estira la mano. Mutis de ANGUSTIAS, entra y le pasa dinero.**) Estos llevan meses pagando bien. Pero la (**con retintín**) Gabrielita y su sobrina... (**Guarda el dinero. Saca**

el ejemplar de El Tecolote.) Mira qué revista. Se llama, «El Tecolote»; es la revista del Sindicato de Hombres Libres de Iniciativas Originales. Lo mismo aquí encajo yo.

ANGUSTIAS.- ¿Qué dices? Tú no encajas en ningún sitio. ¿De dónde has cogido esa revista si tú no sabes leer ni na?

ALFREDO.- No. Pero puedo encajar igual porque son de mi misma cuerda, la de los condenados a recargar continuamente las baterías de la ilusión.

ANGUSTIAS.- ¡Huysh...! **(Se pasea nerviosa.)**

ALFREDO.- Me la pasó uno que me invitó todos los jueves por la noche en ca del tío Paco, donde están preparando una obra de teatro.

ANGUSTIAS.- Lo que faltaba, encima payaso.

ALFREDO.- No hay cosa mejor que reírse de la propia desgracia.

ANGUSTIAS.- ¿Reírse de la propia desgracia? Tengo un padre enfermo de la cabeza.

ALFREDO.- No eches ropa sucia a la artesa.

ANGUSTIAS.- ¡Que te estampo los torreznos en la cabeza, eh!

ALFREDO.- No faltes el respeto a tu padre. Deberías hacer ejercicio, Angustias.

ANGUSTIAS.- ¿Con qué sale este ahora?

ALFREDO.- El ejercicio dará salud a tu cuerpo y a tu espíritu. Vas y vienes de la Huerta del Calvo, trotando con tus amigas, en grupo, todos los días. Aprenderás disciplina, camaradería, pero sobre todo, templarás tu carácter. Yo todas la mañanas caliento los músculos pedaleando en el carrillo de afilar, tan a gusto.

ANGUSTIAS.- Yo lo único que quiero es irme de aquí. **(Silencio.)** Si pudieras volver a casarte siquiera...

ALFREDO.- ¿Por qué no?

ANGUSTIAS.- Menuda cencerrada te iban a hacer.

ALFREDO.- ¡Bah! Cada copla picante que me cantaran los mozos, les respondía yo con otra que les ponía coloraos.

ANGUSTIAS.- ¿¡Aguantar insultos de cochinas de sexo y too!?

ALFREDO.- Ea. Las cencerradas demuestran la barbarie natural de la raza, muchacha.

ANGUSTIAS.- De eso nada. No debes ni tienes derecho a volver a casarte: te separaste de madre mucho antes de que muriera. El matrimonio es para toda la vida. Tú te portaste mal, pues ahora te aguantas y punto.

ALFREDO.- ¿Que yo me porté mal con tu madre?

ANGUSTIAS.- ¡Sí! Fuiste con ella tal cual como eres conmigo: caprichoso, egoísta, descarado, tirano, terco, desordenado y ¡GUARRO!

ALFREDO.- ¡Joder! No me has dejado bueno pa na. Ni loco me vuelvo a casar; con tu madre quedé bien servido. El buey solo bien se lame. Aunque no te creas, alguna hay por ahí que me guiña el ojo.

ANGUSTIAS.- ¿¡Quién!? (**Silencio.**) ¿¡Quién!?

ALFREDO.- Entérate tú. ¿No eres tan lista?

ANGUSTIAS.- ¿Quién se va a fijar en ti? Viejo, medio loco, solitario y más guarro que nadie. Ninguna mujer estaría con un hombre que va y viene por el monte comiendo hierbajos y animales muertos.

ALFREDO.- Pero sanos, ¡anda! Y sin embargo hay una que me guiña el ojo.

ANGUSTIAS.- ¿¡Quién?!

ALFREDO.- Entérate mirando las miradas.

ANGUSTIAS.- Qué pena.

ALFREDO.- Lo mismo me pasa a mí lo que a don Luis Molero, el dentista, pero al revés.

ANGUSTIAS.- ¿Qué dices ahora?

ALFREDO.- Don Luis, el gran actor profesional de la Compañía de Los Lemos; una vez que vinieron al pueblo, se enamoró de una y aquí se quedó. Se olvidó del teatro y se hizo dentista y practicante...

ANGUSTIAS.- ¿Y qué?

ALFREDO.- Yo, al revés...

ANGUSTIAS.- ¿¡Al revés de qué, hombre de Dios!?

ALFREDO.- Que una actriz profesional de las que vienen al pueblo, se fije en mí, se olvide del teatro y viva conmigo.

ANGUSTIAS.- (Ríe de manera histérica y estúpida.)
¡Una actriz profesional se iba a fijar en ti! Bueno, espera, lo mismo tienes suerte y too, porque esas son furcias disfrazadas de artistas y bailan lo que les canten con tal de que las mantengan. **(Silencio.)** A ti ni las putas te cogen.

(Solo de clarinete, 20". Arregla las flores. Acabado el solo, ALFREDO se levanta y va a la derecha del escenario. ANGUSTIAS va a la izquierda. Atisba a público.)

Estos que no vienen. ¿Quieres una cervecita?

ALFREDO.- Paciencia y mala intención, como el sabio recomienda. Muchas vidas hay en una; no siempre se está en la buena. **(Silencio.)** ¿Sabes una cosa, Angustias?

ANGUSTIAS.- ¿Qué? **(Se sienta en la silla que ocupaba ALFREDO.)**

ALFREDO.- Algunas mujeres, teniendo a alguien que les escuche opinar con mucho aspaviento sobre lo que no entienden, se consideran en la antesala del cielo.

ANGUSTIAS.- ¿Qué quieres decir, padre?

ALFREDO.- Olvídalo, muchacha. Lo que yo digo no vale una alpargata.

ANGUSTIAS.- Nunca hablas conmigo en serio.

ALFREDO.- Te equivocas. Contigo hablo muy en serio.

ANGUSTIAS.- No lo entiendo.

ALFREDO.- Ya. Por eso hablo tan en serio.

ANGUSTIAS.- ¿Por qué? **(Silencio.)** Mi madre tampoco te entendía.

ALFREDO.- Vine solo a este mundo y solo me iré. Una de las cosas que más me han dolido en esta vida es no haber

congeniado con tu madre.

ANGUSTIAS.- Tú tuviste la culpa. El cura dijo...

ALFREDO.- ¡Shit! No mentes al cura en esto.

ANGUSTIAS.- ¿Pero qué tienes en contra del cura?

ALFREDO.- No me fío de ellos, excepto algunos, muy pocos, pero la mayoría son hombres vencidos en la vida, hombres malogrados; aborrecen todo lo que es amor y felicidad, porque lo envidian. Aborrecen al resto de los hombres porque ellos poseen lo que él no puede poseer: a la mujer. Desde que tu madre empezó a confesarse con el cura, nuestro matrimonio empezó a ir a pique.

ANGUSTIAS.- ¡Mentira! El cura es bueno. Tú no crees en nada ni nadie. Tienes la cáscara amarga.

ALFREDO.- Exacto. Anticlerical radical. Discutir la religión es de mal gusto; Yo me limito a comer salchichón el Jueves Santo.

ANGUSTIAS.- No tienes vergüenza.

ALFREDO.- ¿Acaso el cura no detiene la procesión y entra en casa de alguno y se pone morao de jamón?

ANGUSTIAS.- ¡Pero no en Jueves Santo, joder!

ALFREDO.- Yo sólo en Jueves Santo como jamón y él lo come toda la semana, ¡mamón!

ANGUSTIAS.- No tienes respeto por la religión. Morirás viejo, enfermo, triste y abandonao. Si tuvieras fe te salvarías.

ALFREDO.- Huy, la fe.

ANGUSTIAS.- Sí. La fe mueve montañas.

ALFREDO.- No. La fe hace ver montañas donde no las hay. (**Atisba a público.**) ¡Mierda!

ANGUSTIAS.- ¿Qué pasa?

ALFREDO.- (**Atisba a público.**) Cirilo que está dándole al «Buche». ¡Cirilo, niño, deja al borrico en paz! (**Pausa.**) ¡No! Agua no que está sudao y le dará torzón. (**Silencio.**) ¡¿Será posible...?! La tunda de palos que le está dando al pobre borrico.

¡Cirilo, hoy no comes higos.

Niño, eres de los más malos

porque al «Buche» das muchos palos!
¡San Antón, protege a mi «Buche» de ese niño!

ANGUSTIAS.- No te hacen caso porque nunca hablas en serio.

ALFREDO.- Pero mi hija siempre habla en serio y nadie le hace caso.

ANGUSTIAS.- En vez de meterte conmigo debías quitarte esa ropa llena de manchas y lavarla.

ALFREDO.- (**Mirándose la ropa.**) Las manchas son adornos, hija. Mira esta, gris, y esta otra, marrón. Manchas de colorines, qué bonitas.

ANGUSTIAS.- (**Se levanta.**) No aguanto más.

ALFREDO.- ¿Dónde vas?

ANGUSTIAS.- No sé.

ALFREDO.- Vale.

ANGUSTIAS.- (**Va a la izquierda del escenario; a público.**) ¡¡JUAN, TRAE AL NIÑO DE UNA VEZ, QUE VAMOS A COMER, JODER!!

ALFREDO.- (**Tapándose los oídos.**) Por favor, no grites. Me duelen los oídos. (**Silencio. Se sienta a la cabecera derecha de la mesa y coge tenedor y cuchillo.**) ¿Qué hay de comer?

ANGUSTIAS.- Cirotos empanaos.

ALFREDO.- Un pelín guarrete sí que soy, pero eso que hay de comer, a mí no me pasa por el güalgüero.

ANGUSTIAS.- (**Oliendo el aire mientras se acerca a su padre y lo huele.**) ¡Eres tú! No te lavas... (**Rompe en sollozos de desesperación. Silencio.**)

ALFREDO.- Coño. He estado adobando carne pa dejarla secar en las tinajas. (**Se huele la ropa.**) Algo de olor ha quedao, sí.

ANGUSTIAS.- Pues te quitas esa ropa y te pones otra limpia, cochino. Estamos en boca de too el pueblo por culpa de lo marrano que eres.

ALFREDO.- A mí lo que diga el pueblo me importa un pepino.

ANGUSTIAS.- Lo que piensa el pueblo es muy importante.

ALFREDO.- Ah... ¿El pueblo «piensa»?

ANGUSTIAS.- Sí. Y todo lo que piensa de ti es verdad.

ALFREDO.- Con la verdad hemos topado; no te fíes de la verdad, hija. Mira tú lo que pasó a la pobre Domitila por contar la verdad.

ANGUSTIAS.- Esa loca mintió. La señorita Emilia es una de las chicas más decentes de Santa Cruz.

ALFREDO.- Yo no digo lo contrario, pero como dice la tía Pichota: «igual le metieron una polla como un brazo, pero sin malicia... A la buena fin.»

ANGUSTIAS.- Grosero.

ALFREDO.- Pero sin malicia, igual que la verdad, ni buena ni mala, ni fea ni bonita, sino simple y llana, pero pesada como una loza, capaz de aplastar al propio Dios o a la pobre Domitila, que se le ocurre decir en el pueblo que había visto de parto a la Emilia esa en el Hospital de Atocha; imbécil, ignorante. La raparon y la humillaron por decir la verdad, Angustias, ¡no por mentir! Los «buenos», virtuosos y santurrones lo hicieron, esa costra infame que hay en todos los pueblos, esos son los guarros, hija mía, no yo.

ANGUSTIAS.- No. Tú eres el guarro, ellos no.

ALFREDO.- (Imitando grotescamente a Angustias.) «No. Tú eres el guarro, ellos no». A veces no sé si darte un beso o una hostia.

ANGUSTIAS.- (Ofendida, rompe en sollozos.) Juan, Juan. **(Mutis por la derecha.)**

ALFREDO.- (A público.) En algún lugar será posible no ser odiado y desdichado por pensar. **(Saca un catalejo y a través de él observa a público.)** Busco un hombre bueno. **(Observa. A público.)** ¿Qué cosa hace bueno o malo a un hombre? ¿Muchas cosas, una sola o ninguna? Muchos creen que esas cosas están muy al fondo de nuestro corazón, que por eso no podemos verlas, ni entenderlas. Los que creen eso son demasiado orgullosos, pienso yo; prefieren decir que son cosas imposibles de saber antes de confesar que el ignorarlas depende de su torpeza. **(Observa a público con el catalejo. A público.)** Yo tengo muchos defectos, pero los defectos, como las pajas, sobrenadan en la superficie; el que quiera

encontrar perlas debe sumergirse. (**Mira si entra ANGUSTIAS.**) Entre nosotros:

Artista profesional
¿quiere Ud. un buen percal?
¿Tengo o no tengo perlas?
¡suméjase pa verlas!

(Entra ANGUSTIAS con una sopera, se sienta a la cabecera derecha de la mesa, se sirve sopa imaginaria y la toma. Al entrar ANGUSTIAS, ALFREDO esconde en su chaqueta el catalejo y se sienta a la cabecera izquierda de la mesa.)

¿Comes sola, hija?

ANGUSTIAS.- ¿Qué has escondío debajo de la chaqueta?

ALFREDO.- ¡Ah! (**Saca el catalejo.**) Un catalejo que me he inventao, pero no vale pa mirar de cerca las cosas que estan lejos.

ANGUSTIAS.- ¿Y pa qué coño vale entonces?

ALFREDO.- (**Mirándola a través del catalejo.**) Pa mirar el rincón más profundo del corazón de los hombres.

ANGUSTIAS.- (**Tirándole un torrezno a la cara.**) ¡Te odio!

ALFREDO.- El odio, la peor enfermedad que existe. (**Silencio.**) ¿Y esos? ¿No vienen a comer?

ANGUSTIAS.- Se han ido a comer en ca de mi suegro. Como siga aquí contigo, mi marío y mi hijo me abandonan.

ALFREDO.- (**Se levanta y se sirve sopa.**) Tu suegro y su mulo, «El Malloquín», no son caballos de buena boca. Pa arar la tierra, mi «Buche» va siempre por el surco y trabaja mucho, pero cuando le toca a tu suegro, que es peor que el mulo, se empeña en decir que «El Mallorquín» trabaja más y el animal apenas se tiene de pié derecho. Se enfadó porque le hice un cantar. Escucha:

Inútil abuelo y mulo
igual es el hijo de nulo
mi pobre nieto va de culo.

(Suelta una carcajada. ANGUSTIAS tira el plato de sopa y mutis. Música de instrumentos de viento, 20'', oprox. y cambio.)

2 La miseria

A la izquierda del escenario, una mesa con mantel, sobre esta un saquito de arena de 5 kilos y una romana; cuatro sillas. Mientras se ilumina la escena, solo de saxo acompaña la acción, 2', aprox. MATILDE lleva sobre la cabeza, en equilibrio, otro saquito de 5 kilos de arena y camina sobre la punta de los pies. Después de algunos pasos, coge el saquito de la mesa, se lo pone sobre el que lleva en la cabeza, camina algunos pasos y ambos saquitos se le caen. Fuera música. Entra desde la derecha, GABRIELA, trae otro saquito de arena de 2 kilos; resuelta, lo pesa en la romana mientras MATILDE continúa con su ejercicio.

GABRIELA.- Así, así. El que quiere celeste que le cueste. ¿Cuántas veces lo has hecho hoy?

MATILDE.- 29. Con esta, 30 veces y acabo por hoy.

GABRIELA.- Eso está bien. 30 veces al día nos dijeron. **(Levanta un brazo para señalar un límite de altura):** ¡Vamos, vamos! Si puedes con 10 kilos, podrás con 12. **(Sopesa el saquito de 2 kilos.)** ¡Venga! Despacio, empínate, empínate.

(MATILDE llega hasta donde está GABRIELA.)

Bien, ahora intenta que el saquito roce mi mano.

(MATILDE lo intenta, pero GABRIELA eleva un poco más el brazo.)

La intención no vale, Matilde, tienes que empínarte más. Quieta que te pondré otro saco. **(Lo hace.)** Bien. Venga, otra

vez.

(De nuevo eleva su brazo, MATILDE intenta alcanzar el límite pero no puede porque GABRIELA, con maldad, eleva otra vez su brazo.)

Venga, tú sigue.

(MATILDE da unos pasos y se detiene.)

MATILDE- No puedo más.

GABRIELA- Empínate, joder.

MATILDE- No puedo más, tía.

GABRIELA- ¡Sigue!

(MATILDE sigue, casi llorando.)

Por ley natural, la mujer debe ser menos alta que el hombre; además, una altura excesiva hace perder feminidad. A pesar de todo tú quieres ser más alta, pues ahí lo tienes, sufre que te hará bien, tonta.

MATILDE- **(Se quita los sacos de la cabeza.)** Por hoy es suficiente, tía. Me duele el cuello. **(Deja los sacos en la mesa y se sienta a la cabecera izquierda.)** Tengo los pies acalambrados.

GABRIELA- El sufrimiento purifica.

MATILDE- Con too lo que llevo... Más pura que la Virgen entonces.

GABRIELA- No seas irreverente. Ninguna mujer se compara con la Virgen.

MATILDE- Vale.

(Silencio. GABRIELA quita el mantel, va hacia la derecha frontal y lo sacude.)

Tía, no sé qué hacer con este pretendiente.

GABRIELA.- Te comprendo. Las oportunidades para cazar a un hombre van a menos con el correr del tiempo hasta cesar por completo. A tu edad, no cabe la menor duda. Acéptale, es buena persona y trabajador; es tu tabla de salvación y punto.

MATILDE.- Es verdad. No quiero acabar de dependienta, convertida en una ordinaria. Pero yo quiero al otro, tía, a José.

GABRIELA.- Se te escapó por bruta. ¿A qué mujer se le ocurre declararse a un hombre? Vamos, ni que estuvieras loca.

MATILDE.- Estaba impaciente por escuchar de sus labios las palabras definitivas, pero no se decidía nunca.

GABRIELA.- Haberle echado una mano si era tan tímido, haberle puesto en situación sin que él lo advirtiera; chica, te falta un hervor. Al declararte tú has entrado en su terreno y su orgullo te ha jugado una mala pasada.

MATILDE.- ¿Y si vuelve, tía?

GABRIELA.- A dos barajas y ya está.

MATILDE.- Joder, tía.

GABRIELA.- «Joder, tía», no. Joderás cuando te cases. Si no pasas por virgen, los hombres retiran su palabra de casamiento y ofrecen una relación de amantes.

MATILDE.- Pero a dos barajas, aquí en el pueblo, muy fuerte, ¿no?

GABRIELA.- Mira niña, José era un buen partido pero voló y si vuelve, puede volver a volar. El de ahora, ¿Raúl, no?... es viejo, gordo y feo, pero tiene más cuartos que pelos en la cabeza...

MATILDE.- También es un poco calvo, eh.

GABRIELA.- Da igual. Por un buen partido se arriesga todo: a dos barajas y punto. Imagínate que le das de lao al gordo porque el José ese vuelve, pero a poco de venir, al figura le da por marcharse otra vez. Te quedas sin pan ni pedazo, maja.

MATILDE.- ¿Y si Raúl también se me escapa, tía?

GABRIELA.- Entonces te mato a fostias.

MATILDE.- Con Raúl he hecho todo lo que me has dicho, tía Gabriela. No muestro ningún interés por él y funciona, tía, es obediente como un perrito. A lo mejor funciona porque es verdad que no me interesa. Me invitó a ver, La Venganza de don Mendo y le dije que no, con lo que me gusta Seve Hijón, el actor. Le dije que tú estabas enferma; te debe odiar. ¿Ves como te hago caso, tía? A veces me pongo como ausente y nunca jamás le he hablado del porvenir, como tú me has dicho; he sustituido la sinceridad por la paciencia.

GABRIELA.- Buena chica. ¿Le dejas hablar?

MATILDE.- Huy, como un cotorro. Yo escucho lo que me echen. Trato de que hable sobre sí mismo, sus gustos, sus aficiones...

GABRIELA.- Ahí, ahí. Halaga su vanidad, ese es el verdadero camino hacia su corazón.

MATILDE.- Tal y como voy, ¿tendrá el valor de escapar, tía?

GABRIELA.- Tal y como vas, se necesitan cojones para escapar.

MATILDE.- Qué bien. Tía, ¿y si encima uso maquillaje?

GABRIELA.- Estupendo. Todas usamos ese truco. Pero cuidado con el colorete en los mofletes, a ver si luces peor que la Guada. También es bueno llevar medias (**MATILDE se mira las piernas**), pero no en plan garrulo, sino como las llevan las señoritas...

MATILDE.- «... Ocho dedos más arriba del tobillo.»

GABRIELA.- Eso.

MATILDE.- (**Se levanta y frente a público recorre su silueta con las manos.**) ¿Estoy muy gorda, verdad?

GABRIELA.- (**Mirándola de arriba abajo.**) Sí, pero con cuidados científicos se pueden combatir esas lorzas y (**Se coloca detrás de MATILDE y le coge los pechos**) endurecer los pechos (**Pasándole la mano por la cara**), eliminar los granos y el vello. La felicidad en la vida depende directamente de la belleza.

MATILDE.- (**Pasándose los dedos por el bigote.**) Este

bigote que me sale tan abundantemente es horrible, humillante. Mira, estoy llena de pelos superfluos, tía. La «Espiguita de oro», trajo una receta milagrosa de la India. Se la pediré para acabar con esta horrible deformidad.

GABRIELA.- Si para acabar con esos pelos hay que hablar con una puta, ¡adelante!

MATILDE.- Todo, con tal de no quedarme para vestir santos o acabar de dependienta.

GABRIELA.- Pero con tiento y malicia, eh. Que no te pase lo que a la Zoraida...

MATILDE.- **(Ríe.)** Huy, qué dices, tía. Esa era más bruta que un arado puntero. Mecnógrafa quería ser la jodía y después secretaria del gerente y si se terció, «me caso con él», decía y se hizo corista, luego puta y por fin, como retiro, cupletista. **(Ríe estridentemente.)**

GABRIELA.- Recuerda que aprender de los propios errores es de listos, pero aprender de los errores de los demás es de inteligentes. Cuando te cases con el gordo, porque ese está en el bote y te casarás con él, mantén siempre tu rol de esposa y madre, porque debes tener hijos, muchos, como manda nuestro Caudillo.

MATILDE.- Tía, tengo 33 años.

GABRIELA.- Pues tendrás que darte prisa con el gordo y tener los hijos que puedas. Cuando acabó la guerra, nuestro Caudillo marcó para siempre el rol de la mujer patriota, de la española bien nacida. Él nos dijo **(Con emoción.)**: «En esta hora no quiero olvidar a la admirable mujer española, que supo conducir a sus hijos hacia la lucha y la muerte, hasta el punto de que no sé qué es más sublime en esta gesta: si el hijo que cae o la madre heroica y sublime que lo empujó hacia la gloria».

(Solo de trompeta, perturbador y estridente.)

ANGUSTIAS.- **(Voz en off.)** ¡Gabrielita, Matilde!

MATILDE.- Angustias, niña, pasa, pasa.

(Entra ANGUSTIAS por la derecha, viste abrigo, bolso y un sombrero; lleva una maleta.)

ANGUSTIAS.- (Abraza a Matilde.) Matilde...

MATILDE.- Pobrecita mía... Trae agua, tía.

(Mutis de GABRIELA por la derecha.)

Siéntate.

(Le coge la maleta y la deja en el suelo. ANGUSTIAS se sienta a la cabecera derecha.)

Quítate el abrigo.

ANGUSTIAS.- No, no. Me voy enseguida, sólo vengo a despedirme.

MATILDE.- Qué desgracia, madre mía. ¿Qué te ha dicho?

ANGUSTIAS.- Nada. Cantares, como siempre.

MATILDE.- Tu padre no tiene corazón.

ANGUSTIAS.- Peor, tiene corazón de hiel. (Saca una novela del bolso.) He comprado esta novela para ti. (Se la pasa.)

MATILDE.- Qué detalle. (Leyendo.) «Amor veleidoso». Qué bonito.

ANGUSTIAS.- Es una historia galante, para avivar nuestra imaginación, tonta. (Mohín.)

MATILDE.- (Besándola.) Gracias.

(Entra GABRIELA por la derecha, deja sobre la mesa una bandeja con una jarra vacía y un vaso.)

Mira qué novela más bonita me ha traído Angustias.

(Pasa la novela a GABRIELA que la observa con atención. MATILDE echa «agua» en el vaso.)

Bebe agua, te hará bien.

(ANGUSTIAS bebe.)

ANGUSTIAS.- Mi padre vendrá a cobraros el alquiler.

GABRIELA.- ¡Joder! **(Deja la novela sobre la mesa y mutis por la izquierda.)**

MATILDE.- No tenemos dinero, Angustias. Bueno, **(En secreto.)** yo tengo ahorradas casi 100 mil pesetas, las tengo metidas en el colchón, pero mi tía no lo sabe. Por si pasa algo, ya sabes.

ANGUSTIAS.- Qué mala. Siempre tan previsora.

MATILDE.- Eso digo yo, previsora. Pero mi tía dice que soy avara. Cuando venga tu padre a cobrar, le diremos que se espere uno o dos meses, como mucho, hasta que me case con Raúl, el gordo, y a sabes que tiene cuartos.

(Ambas ríen a dúo y con ritmo: gag cómico. Entra GABRIELA por la izquierda.)

GABRIELA.- ¿Qué celebráis tanto?

ANGUSTIAS.- (De pié.) Mi partida de este infierno, Gabriela.

MATILDE.- Desde luego es un infierno vivir con tu padre.

ANGUSTIAS.- (Abraza a GABRIELA.) Gabriela, gracias por todo.

GABRIELA.- Escribenos.

ANGUSTIAS.- (Abraza a MATILDE.) Amiga mía, hasta siempre.

MATILDE.- Hasta siempre.

ANGUSTIAS.- (Coge la maleta.) Adiós. Matilde y

GABRIELA.- Adiós.

(Mutis de ANGUSTIAS por la derecha.)

MATILDE- Dios va a dar un castigo tan grande a ese hombre.

GABRIELA- Y él a nosotras.

MATILDE- ¿Tú crees que nos va a echar el tío guarro?

GABRIELA- Si el próximo mes no pagamos el alquiler, nos pone de patitas en la calle.

MATILDE- ¿Y qué vamos a hacer, tía?

GABRIELA- (Saca la lengua y se da en ella con el dedo, como afilándola.) Adularle hasta dejarle como un globo hinchado, que apenas pueda salir por esa puerta, pero sin pasarse pa que se lo crea todo. Tío hediondo, repugnante.

MATILDE- Si yo tuviera dinero iría a pagarle para no tener que verle aquí dentro. (Silencio.) ¿Sabes que le he visto con Polonio? Iba yo por la Cuesta la Polla y de repente escuché un eructo tan fuerte que parecía un trueno. Era Polonio que estaba con nuestro casero marrano, el tío Lagarto y el tío Burraco. Dios los cría y el diablo los junta. Polonio con un saco al hombro, una botella de vino, harapiento y lleno de moscas rondándole la cabeza, miraba con curiosidad un carrillo muy extraño que enseñaba el marrano loco que decía: «este es mi último invento» y todos partiéndose de risa, vaya risión de invento y juá, juá, juá, pero el loco, muy digno, decía: «será una risión, pero es muy cómodo para llevar la cuba del agua, como rastra, vertedera, para arar» y no sé cuantas cosas más y todos, juá, juá, venga reír..., y él también reía, ¿qué te crees?, hasta que dijo el cochino: «Hala, me voy pa arriba con mi «risión cómoda», y todos, juá, juá, juá.

ALFREDO- (Voz en off.) Tengo inquilinas chistosas

las dos la mar de graciosas.

Por mi alquiler vengo, ¡a ver!

¿qué dirán?, ¿quién lo ha de prever?

(Ambas, a ritmo frenético, realizan las siguientes acciones: MATILDE lleva la romana y los saquitos de arena fuera de la escena, por la derecha; GABRIELA lleva la bandeja, jarra, vaso y novela fuera de la

escena, por la izquierda. MATILDE se calza y limpia con un trapo las sillas; GABRIELA pone el mantel. Ambas se sientan, GABRIELA a la cabecera izquierda y MATILDE a la derecha. Silencio. Por la izquierda asoma el catalejo de ALFREDO. Silencio. Ambas se percatan del catalejo, lanzan un grito de terror y se abrazan al centro de la escena. Entra ALFREDO.)

GABRIELA.- (Zalamera en extremo.) ¡Sr. Alfredo, qué sorpresa más agradable! **(Hace una leve reverencia.)**

MATILDE.- (Hace una leve reverencia.) Precisamente estábamos acordándonos de Ud.

ALFREDO.- ¡No me jodan! **(Ambas ríen grotescamente.)**

MATILDE.- ¡Qué gracioso y qué palabrotero que es Ud. Sr. Alfredo! **(Limpia la silla de la cabecera derecha.)**

GABRIELA.- ¡Y pillín, pillín!

MATILDE.- Pero siéntese Ud., Sr. Alfredo, siéntese. **(ALFREDO se sienta y golpea suave la mesa con el catalejo. Silencio.)** ¿Qué tal la «risión cómoda»?

(Ambas ríen grotescamente.)

ALFREDO.- ¿Ya?

(Ambas se miran sin comprender.)

¿Que si ya han acabado de reír?

(Ambas ríen sin ganas, simulando que la pregunta les ha hecho mucha gracia.)

MATILDE.- ¿No nos saldrá Ud. ahora con un cantar?

ALFREDO.- (Las mira a través del catalejo.)

Veo, veo y ¿qué ves?

Dos urracas al revés

(Deja de mirar por el catalejo. Silencio.)

GABRIELA.- Al grano, Sr. Alfredo.

ALFREDO.- Estáis de muy buen ver
vengo por mi alquiler.

MATILDE.- Estamos pasando por una mala racha.

ALFREDO.- ¡Vamos, muchacha!

MATILDE.- En un mes más, o dos a lo sumo.

ALFREDO.- Eso huele a humo.

GABRIELA.- Por favor, Sr. Alfredo.

ALFREDO.- Oiga, cada mes un pedo.

MATILDE.- Somos sinceras y muy cabales.

ALFREDO.- **(De pié.)** Voy por queso de cabrales.

MATILDE.- Como Ud. diga.

ALFREDO.- ¡Menuda viga! **(Mutis por la izquierda.)**

MATILDE.- ¡Loco, piojoso! **(Huele)** ¡Qué peste ha dejao!

GABRIELA.- ¡Muerto tenía que estar!

ALFREDO.- (Voz en off.)

La sobrina va de cabo
y la tía de sargento
pa echarme a la calle
y ellas meterse dentro.

(Ambas se miran con la boca abierta y luego miran a público. Música de instrumentos de viento, 20", aprox. Apagón y cambio.)

3 La necesidad

A la derecha de la escena, sobre una mesa sin mantel, herramientas de zapatero y una bota de vino; cuatro sillas, zapatos esparcidos por el suelo. ISMAEL martillea un zapato sobre el yunque de zapatero que tiene sobre sus rodillas, en sus labios algunos clavitos. Viste delantal de zapatero. Trabaja sin ganas, con hastío. Mientras se ilumina la escena, solo de clarinete acompaña la acción, 2', aprox.

ISMAEL.- (Sentado a la cabecera izquierda de la mesa, martillea unos segundos, se da con el martillo en un dedo, se chupa el dedo, martillea unos segundos otra vez, deja caer el martillo y, abatido, se pasa la mano por la frente y reflexiona unos segundos, coge un zapato del suelo, lo observa con desdén y lo tira hacia atrás sin fuerza, coge el martillo, un clavito de los labios y lo clava en el zapato del yunque. Fuera música. Coge otro clavito y lo clava en el zapato. A público.) ¿Qué pasa? ¿Nunca habéis visto a un zapatero trabajando? Joder. (Coge otro clavito, clava y se da en un dedo otra vez.) ¡Mierda! Esta vez sí que me he dao fuerte, leche. (Quita de sus rodillas el yunque y el zapato. A público.) No puede ser, así no puede ser. Desde que me hice zapatero, hace 5 años, apenas gano pa mal vivir. Encima, este oficio no me gusta. Si fuera yo solo, pero somos seis, mi mujer, cuatro hijos y yo. Menos mal que la mayor se va pronto a Tarancón, de criada, no importa que no le paguen, con tal de que le den comida y esté recogida, vale. Alquilamos dos habitaciones y este tallercito al tío Alfredo,

el «marrano loco» como le llaman mi mujer y nuestras vecinas. A mi no me cae mal el hombre, con sus inventos y sus cantares. Mi mujer, Amparo, no le puede ni ver, tiene muy mala leche, ella me dio la vara pa que me hiciera zapatero. **(Se sienta y se coloca el yunque sobre las rodillas.)** ¡Maldita la hora en que le hice caso! **(Levanta el martillo, lo deja en alto un segundo y tira el zapato fuera de la escena, hacia la izquierda.)**

AMPARO.- (Voz en off.) ¡AAYYY!

(Entra AMPARO con una espuerta pequeña y con el zapato en la mano.)

ISMAEL.- (A público.) ¡Hostia! Le he dao a mi mujer...

AMPARO.- ¡Me has dao en toa la cocorota, animal...!

(Observa intrigada a público mientras ISMAEL, sentado, afana.)

¿Con quién hablas tú?

ISMAEL.- Hablo solo.

AMPARO.- Viviendo en esta casa acabaremos toos locos. **(Con una mano en los riñones, se sienta.)** Qué dolor de riñones.

ISMAEL.- ¿Cuantos kilos habéis cogío?

AMPARO.- No sé.

ISMAEL.- ¿Cómo que no sé? ¿Vas a vendimiar las cuatro cepas que tenemos y no sabes cuantos kilos de uvas has cogío?

AMPARO.- No lo sé. ¿Qué más da? La niña lo habrá apuntao. Ni que fuéramos a salir de pobres con la vendimia; importa a cuanto pagaron el kilo. ¡Shit! **(Se levanta y mira detrás de la silla, al suelo. Escucha.)** ¡Ratas! Nos van a comer las ratas en este maldito sitio. **(Mira al suelo.)** Te dije que taparas ese agujero.

ISMAEL.- No me ha dao tiempo.

AMPARO.- (Le mira con acritud.) ¿No te ha dao tiempo...? Qué desastre de hombre. (Mueve la silla un metro hacia la izquierda y se sienta.) ¿Qué hiciste con los zapatos de la tía Lechuza...? Anda despotricando por ahí que la suela se le despegó toa.

ISMAEL.- Le dije que esperara a que el pegamento estuviera seco y no me hizo caso la tía platera.

AMPARO.- Ah. (Mira hacia el sitio donde está el agujero, inclina el cuerpo y escucha.) Parece que se han ido. Claro, justo detrás de este muro tienen su Cuartel General, donde el «marrano loco» amontona los cachureos que recoge de la calle.

ISMAEL.- Deja al tío Alfredo en paz, mujer.

AMPARO.- Pero bueno... ¡Que nos deje él en paz a nosotros! Con toa la mierda que hay en esta casa, nos moriremos toos de tifus. ¿Por qué tiene que poner toa la porquería justo detrás de este muro?

ISMAEL.- Es su casa y él sabrá lo que hace.

AMPARO.- Inmenso terreno que tiene el cacho cerdo, nosotros aquí metidos en la mierda y encima pagándole alquiler.

ISMAEL.- ¿No querrás que nos tenga aquí de balde?

AMPARO.- Pero si se ha quedao solo. ¡Los dos hijos le han abandonao! ¿Pa qué quiere tantos cuartos? Deberías decirle que nos baje el alquiler. Marrano, loco y avariento.

ISMAEL.- Oye, ¿no tienes que remendar ningún traje pa los chavales?

AMPARO.- ¿Me estás echando?

ISMAEL.- ¿Yo?

AMPARO.- Si pudiéramos ahorrar un poco. Nunca nos damos un gusto, ni siquiera vamos a comer al campo, a gozar del aire puro (**Inspira hondo, ISMAEL le mira alucinado.**), a limpiar nuestros pulmones con el aroma del pino y el romero, escuchar el rumor del agua y el trino de las aves mientras nuestro ojos disfrutan con los maravillosos paisajes. Me haría tan bien pa los bronquios y pa desentumecer los remos. (Mueve los brazos, se levanta y va hacia el frontal izquierdo. Atisba. A público.) ¡Mírale! Ahí está. ¡Carolina!

ISMAEL.- ¡Cállate!

AMPARO.- ¡Está jugando con la niña!

ISMAEL.- Por eso. Cállate ya.

AMPARO.- No me gusta que juegue con la niña, Ismael; lo mismo le pega piojos y too.

ISMAEL.- Exagerá. Anda, ve y traeme un poco de agua.

AMPARO.- Te levantas tú y toa tu alma. **(A público.)** Le está dando un carrito.

ISMAEL.- **(Va hacia donde está ella.)** Quita. **(AMPARO no se mueve. Él la empuja con las caderas.)** ¡Quita!

AMPARO.- **(Le devuelve el empellón con las caderas.)** ¡Que no veo, joder!

(ISMAEL se coloca detrás de ella. Atisban.)

¡Le está acariciando la cabeza con esas uñas de gavián!
¡CARO...!

(ISMAEL le tapa la boca, ella le da un pisotón.)

ISMAEL.- ¡Mierda! **(A la pata coja va a su silla.)** Déjale que juegue con la niña; sólo se entiende con los niños y eso dice mucho de su corazón.

AMPARO.- ¿Y la hediondez? ¿Qué dice de él la hediondez? Dí.

ISMAEL.- El tío Alfredo no hace daño a nadie.

AMPARO.- Mientras no te acerques a él porque su olor es peor que patá de burro.

ISMAEL.- El tío Alfredo es un hombre que pertenece a esa república de hombres encantados que viven fuera del orden natural.

AMPARO.- Exacto. Está encantao de vivir en la mierda.

ISMAEL.- Amparo.

AMPARO.- (Atisba a público.) ¿Qué?

ISMAEL.- ¿Qué pasa con el crío pequeño que no le escucho dar guerra?

AMPARO.- Le he dao un par de aspirinas pa que se atonte un poco. (Se agacha bruscamente.) Ha mirao pa ca. (Se incorpora lentamente hasta quedar atisbando de nuevo.)

ISMAEL.- Amparo.

AMPARO.- ¿Qué?

ISMAEL.- ¿Vas a hacer algo de cena?

AMPARO.- (Le mira.) Oye, lo que tú quieres es que me vaya.

ISMAEL.- (A público.) ¿Yo?

AMPARO.- (Atisbando.) ¡No! ¡Le está dando uvas a la niña! ¡¡CAROLINA, A COMER!!

(Coge la espuerta y mutis por la izquierda. Solo de clarinete, 20", aprox., mientras ISMAEL se levanta, va hasta la «ventana», atisba y sonríe. Fuera música.)

ISMAEL.- ¡Tío Alfredo!

ALFREDO.- (Voz en off.) ¡Hei, Ismael!

ISMAEL.- ¿Eso qué es? ¿Un rastrillo?

ALFREDO.- (Voz en off.) Qué va. Es un peine que me he inventao pa coger olivas.

ISMAEL.- Bueno...

ALFREDO.- (Voz en off.) Al estar tan separadas las púas unas de otras, se peinan las ramas y las aceitunas caen sin dañarse.

ISMAEL.- ¿Y funciona?

ALFREDO.- (Voz en off.)

¿Cómo que si funciona?

Mejor que una tahona.

Si no crees lo que digo

ve a la Cuesta del Higo.

Allí dejé un olivar peinao

¡cómo lucía too pelao!

ISMAEL.- ¡Toma! Muy bien, tío Alfredo. Pásate un momento que quiero enseñarte algo.

(Coge el yunque. Entra ALFREDO por la izquierda; está canoso. Han pasado 15 años. Enseñándole el yunque.)

Tiene una arista aquí que me está haciendo polvo la rodilla.

ALFREDO.- (Coge el yunque y lo observa.) Na de na. Lo limo un poco y si sigue dándote guerra, lo tiras y te hago otro en la fragua.

ISMAEL.- ¿Qué dices hombre? Eso te llevará mucho trabajo, tiempo y a mi muchos cuartos.

ALFREDO.- Por los cuartos no te preocupes, por el tiempo y el trabajo tampoco, porque me entretengo.

ISMAEL.- Desde luego sabes vivir.

ALFREDO.- (Silencio.) Tenemos tanta prisa por hacer y dejar oír nuestra voz en el silencio burlón de la eternidad, que olvidamos lo único que importa: vivir.

(ISMAEL coge la bota de vino y se la ofrece a ALFREDO que bebe.)

ISMAEL.- ¿Has sabido algo de tu hija?

ALFREDO.- (Devuelve la bota a ISMAEL que bebe.) Nada. Desde que se fue, hace 15 años, ha venido tres veces. No importa, eh. Importa que ella y yo somos felices así.

ISMAEL.- No creo que sea tan sencillo.

ALFREDO.- Te lo digo yo, créetelo. Es mejor creerlo todo si no serás muy desdichado. Cuanta gracia perdió el chimpancé cuando se hizo hombre.

(ISMAEL le pasa la bota y ALFREDO bebe.)

El hombre, Ismael, es un ser crédulo; cree en la mujer, en la felicidad..., hasta en la verdad cree. Dile que tiene talento, «¡cierto!», dirá. Dile que le quieres, «gracias», responderá de buena fe. ¿Quieres mandarle a la muerte? Dile: «te llevaré a la gloria»; irá. ¿Quieres mandarle a placer? Dile: «yo debo mandarte», «es indudable», contestará.

(Devuelve la bota a ISMAEL.)

ISMAEL.- Cuanta guerra das, tío Alfredo. **(Bebe.)**

ALFREDO.- ¿Y qué es la vida, señores,

sino disputa y pelea?

¡De tontos y porfiaos

están colmás las Audiencias!

ISMAEL.- ¡Mucho, tío Alfredo, no hay na como el agua clara y fresca!

ALFREDO.- (Cogiéndole la bota.) ¡El vino! No seas traidor.

El vino y ¡en la taberna!

Y me despido, caballero,

Porque debo ir por el apero.

(Se dispone a beber pero se detiene al entrar AMPARO por la izquierda.)

Coño.

AMPARO.- (Entrega a ALFREDO un cucurucho con uvas.) Las uvas, tío Alfredo. La niña no se las comió y pa que no quedaran ahí tiradas en el suelo...

ALFREDO.- (Cogiendo las uvas.) Por supuesto. (Ofrece la bota a AMPARO.)

AMPARO.- Huy, ni que estuviera loca. ¿Te vienes a cenar, Ismael?

ISMAEL.- Ahora voy, que estoy charlando con el tío Alfredo.

AMPARO.- ¿De qué?

ALFREDO.- De la estupidez humana, mi señora.

AMPARO.- ¿Sí?

ALFREDO.- La de los españoles... y españolas, por ejemplo.

AMPARO.- No me diga. ¿Y de lo guarros que son algunos españoles no habéis hablado, verdad?

ALFREDO.- Ah, de eso no hemos hablado todavía pero llegaremos antes de acabar el día.

AMPARO.- Ud. jamás hablará en serio.

ALFREDO.- A los que se toman en serio, les aconsejo llevar un espejo deformado en el bolsillo.

(Reacción musical de clarinete.)

AMPARO.- ¿Compraste el boleto de lotería?

ISMAEL.- No me dio tiempo.

ALFREDO.- La Lotería Nacional, he ahí un ejemplo...

AMPARO.- ¡Te dije que lo compraras! Nos hemos quedado sin boleto esta semana. Qué desastre de hombre.

ISMAEL.- Vaya por Dios. Esta semana no seremos millonarios. ¿Qué decías, tío Alfredo?

ALFREDO.- Que la Lotería Nacional es un excelente ejemplo para demostrar la estupidez de los españoles y la picardía del Gobierno, claro.

AMPARO.- ¿Qué dice?

ALFREDO.- La Lotería Nacional es la forma más

ingeniosa que se le ha ocurrido al Gobierno para quedarse con nuestro dinero. Ellos arrean con la mitad o más del total que se juega y todos tan contentos. La fatalidad de siglos nos hace creer sólo en milagros.

ISMAEL.- ¡Salud, tío Alfredo!

(ALFREDO bebe.)

AMPARO.- ¿Y si toca?

ALFREDO.- ¡Me caso con una aunque esté loca!

ISMAEL.- (Ríe.) ¡Esta noche cenas con nosotros, tío Alfredo!

AMPARO.- (Tuerce el cuello.) ¡¡Ay y!! ¡¡Qué tirón me ha dao!!

(Música de instrumentos de viento, 20", aprox. y cambio.)

4 La bondad

Al centro de la escena la mesa vacía; 4 sillas. Sobre la primera, de izquierda a derecha, una labor de ganchillo. Las sillas estan dispuestas de frente a público, detrás de la mesa; dos a la izquierda y dos a la derecha. Mientras se ilumina la escena, solo de saxo acompaña la acción, 2', aprox.

EULALIA.- (Entra desde la izquierda con un paño. Tiene un parche en la cabeza. Coge la labor de ganchillo y la deja sobre la mesa, limpia la primera silla y continúa hasta la cuarta. Va al centro de la escena. Fuera música. A público.) ¡Tío Alfredo! Ya está la cena. ¿Se la llevo a la habitación o viene aquí?

(Silencio.)

ALFREDO.- (Voz en off.) Qué viejo y malito que estoy pero al otro barrio no me voy.

(Entra ALFREDO por la izquierda. Han pasado 10 años desde la escena anterior. Está más canoso, un poco encorvado, estornuda. Viene levantándose de la cama, en pijama, con una manta sobre los hombros.)

EULALIA.- ¡Jesús! Venga, a la mesa. (Mutis por la izquierda. ALFREDO se sienta al centro de la mesa, frente a público.)

ALFREDO.- ¿Qué hay de cena?

EULALIA.- (Entrando por la izquierda, con un mantel blanco; al ponerlo sobre la mesa, ALFREDO coge la labor de ganchillo.) Caldo de gallina calentico.

ALFREDO.- Qué rico.

(Mutis de EULALIA, y entra con plato, cubierto, servilleta, panera con pan duro, vaso y botella de vino que dispone.)

¿De segundo?

EULALIA.- Pollo guisao... y pan amasao hecho en mi horno de barro.

ALFREDO.- ¿A que no soy guarro?

EULALIA.- (Cogiendo el ganchillo de la mano de ALFREDO que lo tenía suspendido mientras ella disponía la mesa.) Traiga aquí ese ganchillo.

(Lo deja en la silla izquierda. Mutis y entra con sopera, cucharón y sirve caldo imaginario. ALFREDO toma caldo.)

ALFREDO.- ¿Te quedas a cenar conmigo?

EULALIA.- Tengo too el batallón esperándome en casa,
Tío Alfredo.

(**ALFREDO toma caldo.**)

ALFREDO.- Pero me vas a acompañar hasta que termine
de cenar, ¿no?

EULALIA.- Eso sí.

(**Le sirve vino en el vaso. ALFREDO toma caldo,
EULALIA se sienta a la izquierda y hace ganchillo.**)

ALFREDO.- El lunes hemos quedao con el notario.
(**Toma caldo.**)

EULALIA.- ¿Está bueno el caldo?

ALFREDO.- De maravilla. Las cosas hay que dejarlas
bien atás. (**Bebe un sorbo de vino.**) Ni un duro pa ellos.
(**Toma caldo.**)

EULALIA.- Ay, Dios mío.

ALFREDO.- ¡Anda! Tú y tu marío son los que me cuidan.
Ni me acuerdo cuando fue la última vez que vino Angustias.
¿Y Miguel? ¡Bah! Ese se fue y no volvió nunca más.
¡Vendrán cuando me muera..., por la herencia! Por eso, el
lunes, al Notario. (**Toma caldo inclinando el plato.**) He
acabao el caldo.

(**EULALIA recoge la sopera, el plato, la cuchara, mutis
y entra con un plato de «pollo guisao»; serán dos o tres
trozos simulados hechos del material que convenga.**)

¿Es justo, no?

(**Silencio. EULALIA se sienta y continúa con su
ganchillo.**)

Mi hija se ha casao con un tuerto y jorobao

¿Qué falta tendrá ella que él va perjudicao?

(Come pollo.) Cuando muera, mis hijos vendrán con el hacha levantá a coger tajá; acomodarán la moral a las circunstancias...

EULALIA.- Si ven que no hay na pa ellos se liará la tremolina.

ALFREDO.- ¿¡Pero qué va a haber pa ellos si me han abandonao como a un perro!? ¿Encima tengo que dejarles tajá? Venga hombre, por Dios. Se inventarán razones a base de ambición y mucha jeta. Si se marcharon de Santa Cruz que no vuelvan jamás, aunque yo esté vivo o muerto. Al menos sería un gesto de caballeros, pero no, enseñarán la zarpa, ya lo verás. Por eso, el lunes al Notario: toa mi herencia pa vosotros. ¿Qué dice en la Sala Capitular del Ayuntamiento?: «Equidad, Justicia y Paz». Pues ya está.

EULALIA.- No se sofoque y coma el pollito.

ALFREDO.- Qué bonito. **(Come pollo. Estornuda.)**

EULALIA.- ¡Jesús! Le he dejado en la cocina un bizcocho mojado en vino. Esta noche se lo pone en el pecho y ya verá como le alivia el resfriado.

ALFREDO.- La muerte quiere engañarme con una dalia pero no puede llevarme porque está la Eulalia.

EULALIA.- Bueno...

ALFREDO.- ¿Te doy mucha guerra, Eulalia?

EULALIA.- Yo me adapto a too, tío Alfredo.

ALFREDO.- ¡Inteligente! Como todas las mujeres que saben adaptarse a too. Encima eres buena. ¿Cuánto hace que vivís en mi casa?

EULALIA.- Tres años casi.

ALFREDO.- Parece que fue ayer. **(Come pollo.)** Cuando viniste por primera vez yo estaba muy malo; me trajiste un caldo, ¿te acuerdas?

EULALIA.- ¿Cómo no me voy a acordar? Mi hijo Teo, llegó a casa muy asustado, «el tío Alfredo se muere, mama, que se muere».

ALFREDO.- Y viniste a ayudarme sin ningún interés. Si no tengo a quién dejar mi herencia, ¿cómo voy a permitir

que me cuides por caridad? Entonces sí que sería un guarro.
(Come pollo.)

EULALIA.- Ud. sabrá, tío Alfredo.

ALFREDO.- Claro que lo sé, mujer. **(Silencio.)** ¿Y ahora que han echao abajo el teatro y han subastao todas las cosas de valor que había, ¿dónde vamos a ver teatro? No vendrán Compañías de artistas profesionales; he perdido la oportunidad de casarme con una actriz. ¿Te imaginas si hicieran un teatro de mi vida?

EULALIA.- Venga, termine de cenar que se enfría.

ALFREDO.- ¿Sabes? Te voy a inventar una escoba gigante pa que hagas aseo en un periquete.

EULALIA.- Ud. ya no está pa esos trotes, tío Alfredo.

ALFREDO.- ¿Cómo que no? Si no hiciera tanto frío, mañana mismo montaba a una piara de críos en la «risión cómoda» y les llevaba a bañarse al Tajo, y a ese charquito que hay a 3 kms., de paso me bañaba yo y me curaba del reuma.

EULALIA.- Venga, tío Alfredo, que el pollo se enfría. Parece Ud. un crío pequeño, eh.

ALFREDO.- Me lo como too de un tirón
que la tía Laly me da un capón.

(Come pollo.)

EULALIA.- ¡Ay, qué gracia! No pierde Ud. el ingenio, tío Alfredo..., que tiene Ud. cuerda pa rato.

ALFREDO.- Antes que te marches, déjame el carrillo de afilar en mi habitación, así hago ejercicio con las piernas na más levantarme.

EULALIA.- Hacer ejercicio está mu bien. Venga..., ¡termine ya de una vez!

ALFREDO.- **(Enseña el plato vacío.)** ¡Pero si ya he terminao!

EULALIA.- ¡Ahí va! De postre, manzana. Así dormiré mu bien. **(Deja el ganchillo sobre la silla, recoge todo lo que hay en la mesa, excepto el mantel.)**

ALFREDO.- Sí, mamá.

EULALIA.- ¡Huysh...! (Mutis y entra con una manzana real en un plato y un cuchillo.)

ALFREDO.- ¿Has metío la vaca en el chamizo del patio?

EULALIA.- ¡Hombre! Si no lo hago, «Clarabella» amanece muerta. A ver la leche que iba a vender y o...

ALFREDO.- Conozco a una que no te comprará más huevos...

EULALIA.- Calle, calle, tío Alfredo que me pongo de mu mala leche, eh.

ALFREDO.- Ya veo, mujer. ¿Pero antes, tú no habías notado nada?

EULALIA.- Qué va. La tía pendona esa venía, me compraba los huevos y se iba. A veces cruzaba dos palabras con mi marío, pero nada más.

ALFREDO.- ¿A Pedro, tampoco le notaste nada?

EULALIA.- Que le digo y o a Ud. que no. Que aquel día ella vino como siempre, yo entré al gallinero por los huevos y al salir, que veo a Pedro y ella abrazados. Mire, lo vi too rojo; llevaba las tenazas de la lumbre y de pura rabia me di yo misma en la cabeza. Mire qué brecha me he hecho.

ALFREDO.- Haberle dao a ella.

EULALIA.- Apenas me di, fui por ella, pero la tía chamusca salió corriendo como las ratas.

ALFREDO.- ¿Y Pedro qué dijo?

EULALIA.- (Imitando con burla a su marido.) «Ha sido la Ambrosia que se ha enganchao a mí». ¡Sinvergüenza!

ALFREDO.- Eso tiene que ser verdad, Eulalia. Mi amigo Pedro, es mu legal.

EULALIA.- Ud. no le defienda. No tiene perdón.

ALFREDO.- Claro que sí, mujer. Eso no es nada comparado con los cuatro hijos fuertes, sanos y hermosos que tenéis.

EULALIA.- ¿Eso qué tiene que ver con que me ponga los cuernos?

ALFREDO.- Mira, Ambrosia y Pedro se han pasao; tú también porque te podías haber matao del mamporro que te

has dao. Pero todos han aprendido algo: la Ambrosia, que es peligroso meterse en corral ajeno; Pedro, que tú vales más que todas las cosas; y tú, que tienes que ver debajo del agua, mujer. El único camino pa la sabiduría es pasarse un poco.

(Silencio.)

EULALIA.- No me convence.

ALFREDO.- ¿Os habéis separado?: no. ¿Te has enfadado?: un poco.

EULALIA.- ¡Un mucho!

ALFREDO.- Pero se te ha pasao...

EULALIA.- Algo.

ALFREDO.- ¿Ves? No te has ofendido tanto, porque no se puede comparar un achuchón de na con la ristra de años que lleváis y la hermosa familia que tenéis. Sólo los estúpidos se ofenden fácilmente.

(Frase musical de saxo y fuera.)

PEDRO.- **(Voz en off.)** ¡Tío Alfredo!

¿Qué pasa con mi mujer?
¿Te la quedas
porque está de buen ver?

EULALIA.- ¡Huy, el otro! **(Dobla el mantel.)** Se lo dije tío, Alfredo, quieren la cena. Me he entretenío mucho.

ALFREDO.- ¡Como no vengas por ella
dormirás con «Clarabella»!

(Silencio.)

PEDRO.- **(Voz en off.)**

¡No compares la vaca, «Clarabella»
con mi mujer que es una estrella!
Ahora mismo voy por ella
y me la llevo a Marbella.

EULALIA.- Ahora sí que se ha armao: ¡las melodías del
tío Alfredo y mi marío juntas!

**(Mutis por la derecha, detrás de los batidores. Entra
PEDRO por la izquierda.)**

PEDRO.- ¡Tío Alfredo, menos mal que está malito, que si
no...! **(Deja sobre la mesa una baraja y se sienta a la
cabecera izquierda.)** Vamos a echarnos una brisca. ¿Dónde
se ha metido?

ALFREDO.- En la cocina. **(En secreto.)** Me ha contado
lo de Ambrosia...

PEDRO.- **(En secreto.)** ¡Hostia! Tío Alfredo, no saques el
tema que esta arma la de Dios otra vez.

**(Ambos hacen gesto infantil de miedo, mirando hacia
la derecha. Entra EULALIA por la derecha.)**

ALFREDO.- **(Barajando las cartas y en voz alta.)** Yo
no me voy a morir nunca.

PEDRO.- Yo tampoco; y a somos dos.

EULALIA.- **(Con los brazos en jarra, les mira un
instante.)** ¡Vaya par! Habrás dao de cenar a los niños, ¿no?

PEDRO.- Que sí, mujer.

EULALIA.- ¿Y tú?

PEDRO.- También.

EULALIA.- Pero mírame cuando te hablo...

(PEDRO le mira. Pausa.)

¿Y Ud.?

(ALFREDO la mira inmediatamente.)

¿Le pelo la manzana?

ALFREDO.- Por favor.

Pero me la haces en cachitos
porque mis piños estan malitos.

PEDRO.- ¡Óle ahí...!

EULALIA.- (Se sienta a la derecha de la mesa, pela la manzana, la hace cachitos y la deja en la mesa.) Cómo se celebran estos dos.

PEDRO.- Tu hija me ha dicho que no va más al cementerio a limpiar las lápidas de toa la familia, que sólo la de los abuelos.

EULALIA.- Que me lo diga a mí, a ver si tiene narices.

PEDRO.- A esta le ha dao toos los domingos por ir a limpiar lápidas, toas, las de su familia y la mía; como no puede porque son muchas, manda a la chavala y esta protesta, ¡a ver!

EULALIA.- Los muertos nos han dao too lo que tenemos hoy. Hay que acordarse de ellos, ir al cementerio y ponerles flores.

ALFREDO.- Cuando yo esté en el patio de los callaos, quiero que me laves flores.

PEDRO.- Pero si no nos vamos a morir nunca, tío Alfredo.

ALFREDO.- Por si acaso. Yo no temo a la muerte (**en secreto a PEDRO**), pero no quiero estar cuando venga por mí.

(Ambos ríen.)

PEDRO.- Esa me gustó.

ALFREDO.- Ahora, si me pongo mu malo, mu malo, me inventaré algo pa atraer a la muerte, un teatro, con decorados

y too. Los españoles somos un pueblo «escénico», Pedro.

PEDRO.- Y la muerte también, tío Alfredo; le gusta lucirse, por eso nada de decorados, eh.

ALFREDO.- La vida no me ha tratado bien, Pedro.

PEDRO.- Eso decía uno que estaba preso conmigo en Ocaña, republicano también. Había sido Comisario Político durante la guerra; se conoce que no le fue bien porque decía: «al español le interesa la política como espectáculo, odia la ley y adora la parafernalia de urdirla; los españoles no quieren legisladores, sino buenos actores y yo no lo soy».

ALFREDO.- Cierto, muy cierto. Pero no todos los españoles odian la ley, Pedro, sólo los pobres, porque las leyes son como los perros: ladran a los que llevan mala ropa.

PEDRO.- ¡Ay! Cómo das en la diana, tío Alfredo.

EULALIA.- Muchas veces lo pienso: me habría gustado ser hombre porque Uds. se entregan con más libertad que nosotras a las grandes pasiones, como la política..., se descarrían más veces, no sé, por eso ensanchan sus mentes.

ALFREDO.- Yo, que no aprendí nunca a leer ni a escribir, que estoy al final del camino, he aprendido que el conocimiento del mundo sirve más para hacer astutos a los hombres que para hacerlos buenos.

PEDRO.- Joder. Si no que se lo digan al tío de esta, que en paz descansa, ese al que tú vas a limpiarle la tumba...

EULALIA.- Toa mi familia es de derechas, tío Alfredo.

PEDRO.- Menudo cacique. Sabía de abejas un montón el tío; en las elecciones, cuando la Restauración, mandaba sicarios pa que metieran abejas en la sala de votación. Cuando hacían el recuento, decía: «ganamos limpiamente, contad, contad los votos».

EULALIA.- Es verdad. Yo me acuerdo muy bien.

PEDRO.- La guerra terminó de dividir España pa siempre. Hasta las procesiones van divididas en este pueblo, San Miguel por un lado y Santiago por otro.

EULALIA.- Yo creo que el sitio que hay entre los dos bandos está lleno de garrulos, de liantes, de gente que con su prepotencia demuestran su fracaso.

VOZ EN OFF.- ¡Tío Alfredo, échenos Ud. un cantar...!

EULALIA.- Ese es Teo. ¡Niño, a la cama!

VOZ EN OFF.- ¡Venga, tío Alfredo, un cantar!

ALFREDO.- ¡No que te vas a enfadar!

(En off, risas.)

PEDRO.- ¡A la cama! ¡A ver si tengo que ir con la correa!

(Silencio.)

EULALIA.- Vamos, Pedro, que mañana hay que estar en el tajo de madrugá.

PEDRO.- Pero con tiento, sin agobio. ¿Qué es eso de matarse trabajando? ¿O no, tío Alfredo?

ALFREDO.- Claro, hombre. Mientras se trabaja hay que cantar y charlar, tal vez no cunda el trabajo, ¡pero se aprovecha el tiempo! Lo que se deja de hacer es lo que se saca de la vida.

PEDRO.- ¡Me cago en too! ¡Trae un chato de vino!

EULALIA.- Ya estamos. (Mutis por la izquierda.)

ALFREDO.- Hasta pa trabajar hay que ser prudente.

(Entra EULALIA con una botella de vino y tres vasos que sirve.)

PEDRO.- Y prudencia es mirar la vida desde la barrera, sentadicos y entrarle al toro cuando ya está muerto en la arena. Unos nacen buey y otros carreta. ¿Trabajar pa vivir? ¿Dónde está la inteligencia? ¿Dónde la libertad?

EULALIA.- ¡Shit! Que una cosa es ser esclavo del trabajo y otra ser un vago redomao, eh. ¡Cuidao!

ALFREDO.- La libertad, amigos, la libertad... Yo fui dueño de mi vida, no dependí nunca de nadie y me sometí sólo a mi propia voluntad. Tampoco hice caso de la riqueza,

porque este caserón y las 16 fanegas de tierra que tengo, no son riqueza, son el medio que me ha permitido ser libre. ¡Pero qué cara he pagao mi libertad! (**De pié. Con emoción.**)

¡Santa Cruz! Tanta envidia os he causao, como a un perro me habéis tratao.

¡Santa Cruz! Aunque solo pero no abandonao, más me ha valío que chismoso y esclavizao.

PEDRO.- ¡Salud!

(**ALFREDO se coloca delante de la mesa.**)

EULALIA.- Pena no, tío Alfredo. ¡Alegría! (**Chocan los vasos y beben. Silencio.**) Anda, si no se ha comío la manzana. (**ALFREDO estornuda.**) ¡Jesús! No está Ud. pa resfriados; como no amanezca mejor mañana, le pondré unas cataplasmas de linaza, un tazón de azúcar tostada, un cacho de chocolate crudo y santo remedio.

PEDRO.- Mañana toca la Banda del tío Melitón. ¿Te vengo a buscar, tío Alfredo?

ALFREDO.- El tío Melitón... ¿Se ha casao?

EULALIA.- Qué va. Su novia le dice: «te parece bonito que me tienes aquí encerrá; ni soltera ni casá ni na».

(**Ríen. Beben.**)

PEDRO.- ¿Qué entonces, vengo por ti, tío Alfredo?

ALFREDO.- Mañana voy a descansar... Necesito descansar.

(**Coge por el hombro a PEDRO, llama a EULALIA y también la coge por los hombros.**)

Gracias por darme estos momentos de felicidad...

EULALIA.- Ya se me pone tonto otra vez.

ALFREDO.- Cuando me vaya pa arriba, si hay algo, bajo y te lo digo. Si no bajo, es que no hay na.

PEDRO.- Vale. (**Abraza a ALFREDO con emoción.**) Tío Alfredo... (**Silencio. Mutis por la izquierda.**)

ALFREDO.- ¡Eh, tú! Coge un guante de hojalata que he inventao... (**Pausa.**) Es pa que las ratas no te coman los dedos al coger carne de las tinajas. (**Pausa.**) Se ha ido. Llévasele tú, como le gusta tanto la carne...

EULALIA.- ¿Qué pasa, tío Alfredo?

ALFREDO.- Ya he tenío suficiente, Eulalia. Quiero descansar. He ganao las oposiciones para una plaza de ultratumba; los curas garantizan que estan mejor pagadas que todas las de la tierra. ¡A ver si va a ser verdad!

(Música de instrumentos de viento, 20", aprox., mientras se apaga la luz en lento fade down total. Cuando acaban los aplausos, luz total. ALFREDO está solo al centro de la escena; esconde una pancarta.)

Hace tiempo que estoy muerto
pero vuelvo según el viento.
De la mano de un grupo popular
he traído a cuestras mi cantar.
De Chile uno en vez de nitrato
trajo a Santa Cruz un teatro.
Ahora me quito de en medio
no se vayan que hay

**[muestra a público la pancarta, que dice:
«INTERMEDIO. 15 MINUTOS»].**

(Mutis. Solo de trompeta, 10", aprox., mientras, lento fade down total de luz y cierre de cortinas del escenario. Luz de sala, 15 minutos de intermedio y fin de El incomprendido, PRIMERA PARTE DEL RETABLO DE SANTA CRUZ DE LA ZARZA.)

Segunda parte

EL PREGONERO

1 El Pregón

Santa Cruz de la Zarza, una noche de diciembre de 1917. Al fondo, un telón pintado muestra los caños de Santa Cruz de la Zarza. Música de instrumentos de viento, 20", aprox., mientras se ilumina la escena en lento fade up. Fuera música. Entra ANTONIO, el pregonero, por la izquierda; lleva una trompeta.

ANTONIO.- (Toque de trompeta.) De orden de don Dionisio Lorient, Alcalde Constitucional de esta villa, se hace saber:

PRIMERO.- Que toda persona se conduzca con el debido respeto al Gobernador Civil de la Provincia, sin censurar sus determinaciones y así a todas las autoridades civiles y eclesiásticas.

SEGUNDO.- Que ninguna persona se detenga en las puertas de las Iglesias ni cementerios, que se vaya a ellas con toda decencia y compostura y que se tenga en los templos el debido respeto a la Casa de Dios, y durante la misa mayor, rosario y procesiones no se detenga nadie en las calles ni plaza, cerrándose las tabernas y casas públicas en todos los días del año al toque de ánimas, bajo la multa de 20 reales.

TERCERO.- Que todos los vecinos tengan limpia la parte de la calle que les corresponda a su casa, sin arrojar a ella aguas inmundas, escombros, basuras, animales muertos, ni dejen de noche carruajes en las calles, retirando las basuras y animales muertos a cien pasos de la población y cincuenta de los caminos, bajo la multa de 20 reales.

CUARTO.- Que nadie lave cosa alguna en los pilares de la fuente pública donde beben las caballerías y las lanas y ropas de los enfermos se lavarán en el último pilar que es el destinado para tal efecto.

Lo que se hace público por medio del presente para conocimiento de este vecindario.

En Santa Cruz de la Zarza, a 10 de diciembre de

1917.

(Toque de trompeta. Mutis por la izquierda. Música de instrumentos de viento, 30", aprox. Cambio. Fuera música.)

2 El hogar del pregonero

Dos bastidores pintados muestran el hogar del pregonero. A la derecha, un montón de ropa sobre una mesa sin mantel; tres sillas. ALICIA, sentada, remienda ropa. (En off, toque de trompeta.)

ALICIA.- ¡María, y a viene! Acuesta a tus hermanos y ve calentando la cena que yo todavía tengo labor aquí.

(Silencio. Entra ANTONIO por la izquierda.)

ANTONIO.- (Tirita de frío.) ¿Qué hay?

ALICIA.- Hola.

(ANTONIO deja la trompeta sobre la mesa, se quita el abrigo, la gorra y las deja sobre una silla.)

Qué toque más corto y desinflao has dao hoy, ¿no?

ANTONIO.- Tengo los dedos entumíos. No sabes el frío que hace afuera. **(Va hacia el frontal izquierdo de la escena y se calienta las manos con el aliento.)**

ALICIA.- ¿Qué has pregonao?

ANTONIO.- Que la gente se comporte como es debido cuando venga el Gobernador. ¿Qué hay de cena?

ALICIA.- Sopa de ajo. ¡María!

ANTONIO.- No chilles, que vas a despertar a los críos.

ALICIA.- No están dormidos.

ANTONIO.- ¿Y eso?

ALICIA.- María acaba de acostarles.

ANTONIO.- Te he dicho que cuando llego a casa los niños deben estar durmiendo. Esto está como dormitorio de monas.

ALICIA.- **(Recoge la ropa de la mesa.)** Coge tu trompeta.

(ANTONIO coge la trompeta, una silla, la coloca en el frontal izquierdo con el respaldo a público, se sienta piernas abiertas, saca un pañuelo, lo humedece con saliva y limpia la trompeta.)

He tenido que zurcir un siete, ensanchar un pantalón, volver una chaqueta del revés, remendar calzoncillos, colocar mangas de otro color a un chaleco para convertirlo en chaquetilla de usar en casa y mañana haré una blusa con el forro de tu gabán.

(Mutis por la derecha con toda la ropa. ANTONIO deja la trompeta en el suelo y bosteza. Silencio. Entra ALICIA y pone un mantel gris.)

¿Quieres vino blanco o tinto?

ANTONIO.- Tinto, que ya se meará blanco.

(Mutis de ALICIA que entra con un vaso y una botella de vino tinto.)

Ha venido una cuadrilla de esquiladores de Tarancón.

ALICIA.- ¿Sí?

ANTONIO.- Se han puesto junto a los caños; no veas cómo protestaban las mujeres porque las motas de lana iban a parar al agua.

ALICIA.- Con razón. **(Sirve vino.)**

ANTONIO.- Seis mocetones bien plantaos. Alguno había estado en la guerra de Cuba.

ALICIA.- Pobre.

ANTONIO.- «Joder», decía, «en Cuba comía mejor que aquí y trabajaba menos».

ALICIA.- Sí, hombre. Allí donde el diablo perdió el poncho iba a estar mejor; encima en guerra. Nada como el terruño, aunque no se coma más que pan, aceite y potaje too el año.

ANTONIO.- Yo me voy pa Rusia, con el Lenín ese que ha montao la de Dios, bueno, ha montao la del diablo porque a ese le nombran a Dios y se enroncha; es el Faraón de los rojos.

ALICIA.- ¿A Rusia te vas a ir a tocar la trompeta?

ANTONIO.- Yo toco la trompeta donde me sale de los huevos. Y si me la tocan, mejor. (**Se miran.**) Pero acerca el chato de vino. Madre mía que mujer más sosa. (**ALICIA le pasa el vaso de vino.**) Un Lenín como ese necesitábamos aquí pa que repartiera hostias..., no, hostias no, pa que diera con el rabo a diestra y siniestra y acabara con el agobio de los impuestos y toa esta mierda que nos llega hasta el cogote.

ALICIA.- ¿Pero a ti qué te pasa hoy? Menos mal que vienes desinflao...

ANTONIO.- Si no fuera por los críos, me iba a quedar yo aquí. Lo llevas claro. (**Saca un peine y se peina la cabeza y bigotes.**)

ALICIA.- Otra vez de mal humor, no por favor.

ANTONIO.- La cena, Alicia.

ALICIA.- Voy. Pero no te pongas grosero, Antonio. (**Mutis y entra con la sopa.**)

ANTONIO.- (**Se sienta a la mesa.**) ¿No está María en la cocina?

ALICIA.- Que ya viene, hombre.

ANTONIO.- (**Toma una cucharada de sopa.**) Está fría.

ALICIA.- Pero cómo va a estar fría si la niña acaba de calentarla.

ANTONIO.- Está fría.

(**ALICIA prueba la sopa y mutis con el plato. Saca una corbata blanca, la observa, la palpa pasándola por su cara, de pie se la pone al cuello y hace el nudo. Entra ALICIA con la sopa.**)

ALICIA.- Huy, qué galán. Julián Gay arre en persona.

ANTONIO.- (**Se quita la corbata y se la pasa a ALICIA.**) Toma, pal baile del sábado, limpita y bien planchá.

ALICIA.- Qué suave.

ANTONIO.- Se la gané a un gilí jugando a la brisca.

ALICIA.- ¿Pal sábado? No sé si me va a dar tiempo.

ANTONIO.- ¿Que no? ¿Quieres que vaya al baile sin corbata?

ALICIA.- Hombre, no creo que el mundo se venga abajo.

ANTONIO.- No te enteras, Alicia... La corbata es la parte más importante del vestido del hombre; Es como los ojos en la cara de una bella muchacha. Pero hay que saber ponérsela, artísticamente, que armonice con el porte y todo el vestido... Y el calorcito que da en el pecho..., hace que la voz sea más sonora y más grata... La corbata hace el semblante más fresco y si es blanca, ¡mejor!

ALICIA.- ¿Ahora vas a dar la vara con la corbata?

ANTONIO.- (**Se sienta a la mesa.**) Y con los zapatos y con la gorra y con los botones bien brillantes y con mi uniforme limpio y bien planchao como corresponde a un pregonero bien plantao. Sobre too te voy a dar la vara con mi trompeta: no sabes limpiármela bien (**grafica con las manos**), de arriba abajo, suavemente... Y me la limpias muy poco.

ALICIA.- Cuando apetece está bien. Cuando no apetece, pues no está bien, oye. (**Se sienta.**)

ANTONIO.- Y yo a aguantar, no te jode. Ahí, babeando como un toro desbocao.

ALICIA.- ¡Huy! Toro desbocao, dice. Normalito, muy

normalito, eh.

ANTONIO.- Normalito, normalito y todavía me falta y a ti te sobra.

ALICIA.- Voy a arriesgarme a quedar preñá otra vez, vamos; ¿te parece poco cinco chiquillos? Solo se debe hacer para traer hijos al mundo.

ANTONIO.- ¡Me cago en la madre que te parió!

ALICIA.- Te he dicho Antonio que no te pongas grosero.

ANTONIO.- ¡¿Ahora me sales con esas?! Ayer, el año pasado, hace dos años, tres, tampoco queríamos críos pero no decías la mandanga que acabo de oír. Llevo años a tu ritmo y a partir de hoy, ¡nunca más! ¿De mi te vas a burlar? Cualquiera, menos tú.

ALICIA.- Muchas de las cosas que dice el cura sirven para prevenir males mayores.

ANTONIO.- Al cura ni me lo mentes. Yo soy republicano y no creo en Dios ni en los curas, que pa casi na sirven; pa lo único que tienen algo de fuerza y no sé por qué, es pa que llueva agua en vez de granizo. Hacerlo sólo cuando se quieren hijos... ¡Ni lo sueñes! (**Toma una cucharada de sopa.**) Está fría.

ALICIA.- Pero como no se va a enfriar si no haces más que darle al pico.

ANTONIO.- Al pico, al pico... A otro pico tenías que darle tú.

ALICIA.- Oye, te estás pasando, eh. (**Se levanta y coge el plato de sopa.**) Trae.

ANTONIO.- No quiero sopa.

(**ALICIA deja la sopa en la mesa y se sienta. Silencio.**)

¡Ni lo sueñes! (**Silencio.**) Eso, calladita estás mejor.

ALICIA.- Sufrir y callar delante de un airado, tiene el mismo efecto que el aceite en las ruedas de un carro.

ANTONIO.- ¡Encima vas de víctima y sufridora! (**Se levanta y se pasea.**) Tiene cojones.

ALICIA.- Con los años te has vuelto gruñón y grosero.

ANTONIO.- Y tú indiferente y desatenta.

ALICIA.- Si no fuera por los niños, ¿dónde estaría yo?

ANTONIO.- Nos vemos sólo los defectos porque hemos dejado de querernos.

ALICIA.- No es verdad. Yo te sigo queriendo.

ANTONIO.- Desde luego. Como a un hermano.

ALICIA.- Eso no es verdad. **(Silencio. Recoge la mesa dejando todo dispuesto para llevarlo en un sólo viaje.)**

ANTONIO.- No hay fuerza en tus palabras. ¿Disfrutas engañándote a ti misma?

ALICIA.- **(Detiene la acción.)** Antonio, tú eres el padre de mis hijos, estamos unidos para siempre, atados el uno al otro. Es mejor no decir ciertas cosas, no hablar de aquello que nos causa dolor, así los problemas no se hacen realidad, se desvanecen. Es mejor soñar y olvidar, volver a los veinte años, huir de esta realidad gris, sin luz ni calor. Yo sueño que soy bella y joven que tú me quieres con pasión y ternura. Sueño que todo es como antes. La mayor de todas las desgracias es que la vida se vive sólo una vez.

(Continúa la acción.)

ANTONIO.- **(Silencio. Se pone el abrigo y la gorra.)**
¡María!

ALICIA.- No chilles.

ANTONIO.- ¿Qué le pasa que no viene a saludar a su padre? ¿También está soñando?

ALICIA.- Déjala. Está ocupada. Cosas de mujeres.

ANTONIO.- **(Coge la trompeta.)** Tú sí me quieres, ¿verdad?

ALICIA.- Yo también, Antonio. Pero ya no somos los mismos.

ANTONIO.- ... Ya no somos los mismos. Bien. Si hay que soñar, soñaré, pero despierto.

ALICIA.- ¿Dónde vas?

ANTONIO.- A otras playas a olvidar...

ALICIA.- No quiero.

ANTONIO.- ¿Me quedo a ver qué motivos encontramos para disgustarnos?

ALICIA.- (**Le coge la mano.**) Vamos a dormir.

ANTONIO.- No.

ALICIA.- Por favor.

ANTONIO.- ¿Sabes por qué nos gusta tanto ir a la taberna? Porque allí dormimos despiertos.

ALICIA.- Y yo en casa, sola.

ANTONIO.- ¿Juntos pero solos? No. Quédate con tus sueños y yo en la taberna con mi trompeta.

ALICIA.- Tengo miedo.

ANTONIO.- No te preocupes. Tú sueñas dormida y yo despierto; cuestión de acostumbrarse. Es una salida «creativa» como los vinateros cuando la enorme cosecha de uva: inventaron comerlas en Nochevieja y hoy es costumbre.

ALICIA.- ¿Qué tiene eso que ver con nosotros?

ANTONIO.- Que no hay razón para tener miedo: te acostumbrarás a los sueños y yo a la taberna.

ALICIA.- Antonio, quédate en casa esta noche.

ANTONIO.- ¿A discutir por cosas cada vez más pequeñas para avivar un fuego que está definitivamente muerto? Acuéstate y no me esperes.

(Mutis por la izquierda. Música, 20'', aprox. y cambio.)

3 El amor

Al fondo, el telón de los caños. Al fondo-derecha está OFELIA, una muchacha de 20 años, muy vivaz y muy

guapa; canturrea una alegre seguidilla de la época. Junto a ella, en el suelo, un botijo y un plato pintado envuelto en papel. Muy disimuladamente, se desplaza hacia la izquierda, atisba y vuelve. Se arregla el pelo. En off, alegre y potente toque de trompeta. OFELIA, nerviosa, coge el botijo, el plato, va a un caño pintado, deja el plato en el suelo y coge agua, mientras continúa canturreando bajito. Entra por la izquierda
ANTONIO.

ANTONIO.- Con tu cante y mi trompeta hacemos un dúo de aquí te espero.

OFELIA.- Qué va. Toca Ud. muy bien la trompeta.

ANTONIO.- No me trates de «Ud.», Ofelia... Ni te pongas colorá...

OFELIA.- Me voy.

ANTONIO.- Pero si todavía no he llegao ni te he visto.

OFELIA.- Debo llevar el agua pa cocer los garbanzos.

ANTONIO.- Ya, ya, pero...

OFELIA.- No quiero que malpiensen de mí. Diga Ud. algún recado en voz alta para engañar a esas tres que están mirando. (**Mira a público.**)

ANTONIO.- (**Mira hacia público. En voz alta.**) Le dices a tu padre que la zarzuela que echan es La Canción del Olvido, que está muy bien. 5 pesetas, la butaca.

OFELIA.- ¿Eso es verdad?

ANTONIO.- ¡Hombre! Yo tengo dos entradas, pa ti y pa mí.

OFELIA.- ¿Qué dice?

ANTONIO.- Que me tutees, mujer.

OFELIA.- Ay, no me sale y ya está. ¿Al teatro juntos? Ni que yo estuviera loca.

ANTONIO.- No tenemos por qué sentarnos juntos.

OFELIA.- Pero qué cosas dice Ud. Mire Antonio, yo creo que esto se está pasando de la raya. ¿Por qué no va Ud. al teatro con su mujer?

ANTONIO.- La llevo también, anda... Y a María... Vas con ella; ¿no sois tan amigas? Mira, la entrada yo la he comprado pa dártela a ti, un regalo; tú sabrás lo que haces con ella. **(Mete la mano en un bolsillo.)**

OFELIA.- Pero, ¿qué hace? **(Mira a público.)** No me dé Ud. nada. Luego, en otro momento, ¿quiere?

ANTONIO.- Bueno. ¿Sabes una cosa Ofelia? Estoy harto de esconder mi corazón como si fuera feo o sucio. Sólo el corazón ve lo que de verdad importa, lo que nunca ven nuestros ojos.

OFELIA.- Esto se nos está yendo de las manos, Antonio. Yo no quiero que sigamos con esta amistad.

ANTONIO.- Tienes miedo. Eso prueba que sientes lo mismo que yo.

OFELIA.- Un momento. Yo siento por Ud. mucho respeto, pero nada más.

ANTONIO.- Tus ojos, Ofelia, me importa oír la música de tus ojos.

Estás muy bonita,
lástima que seas tan mocita.

(Da un toque de trompeta muy sentío.)

OFELIA.- (Mira a público.) Madre mía, están toas mirando. Ud. no mire. **(Coge el plato y le quita el papel. En voz alta.)** Este plato es para María; dígale que pinté otro igual para mí. Me enseñó doña Asunción, la maestra.

ANTONIO.- (Observando el plato en sus manos.) El corazón te va a estallar como una graná. Si dejamos nuestra amistad de mala manera, el deseo de vernos se transformará en terrible pasión, ¡capaz de llevarnos al sepulcro! **(En voz alta.)** Precioso el plato. **(Lo envuelve.)**

OFELIA.- ¿Le gusta?

ANTONIO.- ¡Mucho! Poco sobrevivirá este cuerpo si mi alma se suicida.

OFELIA.- ¿Qué dice?

ANTONIO.- Que mi alma se suicida si tengo que renunciar a lo que siento por ti.

OFELIA.- Ud. me confunde.

ANTONIO.- Too está confundió en estos tiempos; lo bueno y lo malo, Dios y el diablo. ¿Tú qué crees, Ofelia, que yo estoy seguro de too?

OFELIA.- ¿No está seguro de lo que siente... por mí?

ANTONIO.- Es de lo único que estoy seguro.

OFELIA.- ¿Entonces?

ANTONIO.- Puedo ser tu padre, tengo mujer y cinco hijos. Cuando siento una terrible necesidad de verte salgo por las noches y toco la trompeta en medio de las estrellas, bajito, pa que nadie se entere.

OFELIA.- Dios mío, tengo tanto miedo.

ANTONIO.- Claro. Sientes algo desconocido, como yo. Lo desconocido se teme porque nos conocemos demasiado bien a nosotros mismos.

OFELIA.- Qué cosas.

ANTONIO.- Mientras más pegas más fuerte me late el corazón por ti.

OFELIA.- ¡Dios, Ud. no para! **(Coge el botijo e inicia el mutis por la derecha.)**

ANTONIO.- La Canción del Olvido te gustará: triunfa la inocencia.

OFELIA.- ¿Qué?

ANTONIO.- En la zarzuela que echan; triunfa la inocencia.

OFELIA.- Yo me tengo que ir... Por favor.

ANTONIO.- Yo soy un hombre casado y viejo, ¡pa ti! Porque estoy fuerte. **(Inspira y se echa la trompeta a los labios.)**

OFELIA.- Deje Ud. la trompeta por lo que más quiera. **(Mira a público.)**

ANTONIO.- **(Baja la trompeta.)** Si pudiera te llenaba de cuartos y me casaba contigo ahora mismo.

OFELIA.- Pero bueno...

ANTONIO.- Mira, cuando tengas mi edad yo estaré en la tumba, pero te habré dejado experiencia y madurez ante la vida. Las mujeres tenéis una primavera más corta, vuestros encantos languidecen pronto; nosotros duramos más y buscamos fuera lo que no encontramos en casa.

OFELIA.- ¿Y no le parece a Ud. que eso es mucha cara?

ANTONIO.- Si fuera lujuria, sí, pero es amor lo que me estalla en el pecho.

OFELIA.- Me duele la cabeza.

ANTONIO.- Yo estoy en la recta final de la vida. Te ofrezco la mejor fruta madura de mi vergel. No la desprecies, Ofelia. Contigo yo no tengo ganas de corretear por ahí. Estarás más tranquila.

OFELIA.- ¿Tranquila? Aquí la que se va a la tumba soy yo. Ud. sale por las noches pa que las estrellas sientan su trompeta y yo me revuelvo en la cama sin poder dormir. Tranquila, dice.

ANTONIO.- ¿Te has fijado en algún mozo joven?

OFELIA.- Pero... ¿Será posible? Ud. me agobia.

ANTONIO.- Perdona. Ya no sé ni lo que digo.

OFELIA.- ¡¿No sabe lo que dice?! Me muero.

ANTONIO.- Calla. (**Mira a público.**) Que las urracas están que trinan.

OFELIA.- Me voy a volver loca.

ANTONIO.- Jamás lo permitiría.

OFELIA.- Ud. habla mucho... Claro, como pregona.

ANTONIO.- Me dicen lo que pregono, pero lo que te digo me sale a mí de dentro.

OFELIA.- Ud. me dice cosas muy bonitas..., tantas, que a veces no le creo. Es igual que navegar por un río profundo, quieto, en silencio, como anunciando el peligro, pero yo me olvido de todo, voy ciega, perdida, escuchando la melodía encantada de su voz. Pero todo se va a torcer. Siento el peligro. Esto es un error alimentado por su melodía, como el aceite que mantiene viva la llama.

ANTONIO.- No es un error porque escuchando mi melodía te olvidas de todo lo demás y eso es lo único que vale. (**Silencio.**)

OFELIA.- Ud. es muy fantasioso.

ANTONIO.- Porque busco lo ideal y nadie lo encuentra si no es por medio de la fantasía.

OFELIA.- Sí, pero hay que poner los pies en la tierra, porque tanta imaginación...

ANTONIO.- La imaginación es la eternidad.

OFELIA.- Con Ud. no hay quien pueda, eh.

ANTONIO.- Sí. Tú puedes conmigo. ¡Vive Dios que sí puedes!

OFELIA.- (**Suspira.**) ¿Ud cree que el amor es la mejor emoción que existe?

ANTONIO.- Qué va.

OFELIA.- ¿No?

ANTONIO.- Hay otra emoción mayor.

OFELIA.- ¿Cual?

ANTONIO.- El interés.

OFELIA.- Vaya por Dios.

ANTONIO.- Eso se aprende con los años.

OFELIA.- Ud. sabe mucho.

ANTONIO.- Si supiera tanto hablaría poco.

OFELIA.- Eso sí. Porque entre el pico y su trompeta, lo llevo claro.

ANTONIO.- Tú que presumes de intuir el peligro, tampoco hablarías conmigo si supiera tanto.

OFELIA.- A mí hábleme claro, Antonio.

ANTONIO.- Como siempre, mi capullito floreció: el hombre mientras más sabe más solo y peligroso se vuelve.
(Silencio.)

OFELIA.- Las mujeres somos tontas: nos enamoramos poniendo la oreja.

ANTONIO.- ¡Menos mal que no eres sorda, leche!

(Ambos ríen.)

OFELIA.- Antonio.

ANTONIO.- A mandar que son dos días.

OFELIA.- Venga, no se ponga Ud. tonto.

ANTONIO.- Tonto me tienes tú a mí.

OFELIA.- Calle. ¿Qué hacía Ud. con una gallina en ca del tío Liendres?

ANTONIO.- Ese fue el alguacil que me lió por culpa de una gallina que el tío Liendres había robado.

OFELIA.- ¿Y qué pintaba Ud. ahí?

ANTONIO.- El alguacil me pidió que fuera a buscarla porque él no podía.

OFELIA.- ¿Qué pasó que se oían tantas voces?

ANTONIO.- El tío Liendres que no quería devolverla, que él no la había robado, que la gallina se había metido solita en su corral. ¿Qué te parece? Dijo el tío: «hieres mi orgullo».

OFELIA.- Toma. Si tendrá cara. Ese roba hasta lo que no hay. «Hieres mi orgullo». Qué digno.

ANTONIO.- El orgullo es la dignidad de los ignorantes.

OFELIA.- Pues sí. **(Coge el botijo.)** Mi madre me mata y mi padre a ella por ponerle garbanzos crudos... ¡que si no me voy no da tiempo a cocerlos!

ANTONIO.- **(Cogiendo el botijo.)** Vamos, yo te encamino.

OFELIA.- ¡Suelte! Las urracas pensarán que está Ud. cogiéndome la mano.

ANTONIO.- ¡A la mierda las urracas! Reinas del bulo. Qué daño hacen enjuiciando al prójimo. Sin embargo, los borregos hacen caso... A lo mejor se sienten desafiados cuando ven feliz al que se salta las normas y necesitan creer en las chismosas, cuya envidia y mediocridad hace imposible que respeten la autoridad y la belleza del amor verdadero.

(Se lleva la trompeta a los labios pero OFELIA se la quita antes que toque. Mutis de ambos. Música de instrumentos de viento, 20", aprox. y cambio.)

4 Las urracas

Al fondo, el telón de los caños. Mientras continúa la música del final de la escena anterior, entran desde la derecha, ELISA, TERESA y VIRTUDES, en fila india; cada una lleva una cesta con ropa sucia. Sus maquillajes son grotescos. Se colocan al centro de la escena mirando a público, la cesta delante y ellas arrodilladas, sentadas sobre los talones. Cuando están en esa posición, la música cambia el ritmo y acompaña a las actrices en una secuencia coordinada de movimientos. Las tres actrices, al tiempo, restriegan cada una un calzoncillo, lo elevan, lo hunden en la pila y lo vuelven a restregar. Esta es la secuencia, al ritmo de la música, que se repite durante 15". Fuera música y fin secuencia de movimientos. Lavan, cada una a su ritmo.

ELISA.- ¡Mierda! Cómo está este calzoncillo. Esto es un adán. No sé cómo será el tuyo.

TERESA.- Son toos iguales.

VIRTUDES.- Suerte que tenéis marío.

ELISA.- ¡Tía tonta! Suerte dice.

TERESA.- No sabes lo que cuesta comerse una rosca..., ¡muy de vez en cuando!

VIRTUDES.- No te quejes que tú haces lo que quieres con tu marío.

ELISA.- Peor lo llevo yo que me trata a patás.

TERESA.- Si te ha dejao el tren ni falta que te hace.

VIRTUDES.- Tú qué sabes.

ELISA.- ¿Estás ansiosa por catarlo, bonica?

TERESA.- Too el día con la cabezota asomá a la ventana.

VIRTUDES.- Mentira.

ELISA.- Otra sí que lo ha catao bien...

TERESA.- Too el pueblo sabe que Ofelia y Antonio llevan lo menos un año.

VIRTUDES.- Amor prohibido. Guarros.

ELISA.- ¿Os acordáis el año pasado, aquí mismo, cuando Ofelia le cogió la trompeta?

TERESA.- ¡Claro, joder! Él nos miraba con una leche...

VIRTUDES.- Cuando le regaló un plato.

ELISA.- Era pa la María, tonta.

TERESA.- ¡Y una mierda! Pa él era el plato.

VIRTUDES.- A mí me gustaría que me tirara los tejos.

ELISA.- Ay, sí. ¡Cómo está de bueno!

TERESA.- ¡Y la leche que tiene!

VIRTUDES.- Toca la trompeta que se te ponen los pelos de punta.

ELISA.- ¡Cómo baila la mazorca y el rigodón el cabrón!

TERESA.- Con esa corbata blanca fue el rey del baile.

VIRTUDES.- La cría está en el bote, no me extraña.

ELISA.- Alicia no fue al baile.

TERESA.- Con los críos en casa, a ver.

VIRTUDES.- ¡Qué poca vergüenza!

ELISA.- ¡Una cría!

TERESA.- Menuda labia tiene el mamón de él.

VIRTUDES.- Más maja la chavala.

ELISA.- ¿Qué culpa tendrá la pobre?

TERESA.- Más bonita que un sol.

VIRTUDES.- Eso es que está enamorá.

ELISA.- Claro, a too buey viejo le gusta el pasto tierno, no veis que no puede mascar.

TERESA.- Como le plante una lechuga la vemos criando un hijo en Madrid.

VIRTUDES.- Y Alicia trabajando como una yegua pa que él descanse.

ELISA.- Cómo sufres esa mujer.

TERESA.- Desde luego tiene ganao el cielo.

VIRTUDES.- Lo que me extraña de Antonio es que siendo tan pobre sea tan orgulloso.

ELISA.- Es pobre pero simpático. Así le ha compensao Dios.

TERESA.- Pregúntale a Alicia lo simpático que es.

VIRTUDES.- Y Alicia..., lo buena que es. ¡Una santa!

ELISA.- La cama legal cansa, y a los líos de afuera se va sin pensar en el sueño. Mientras las casadas no aprendamos bien esta verdad, habrá maridos infieles.

VIRTUDES.- ¡Se me iba a cansar a mí un marío!

TERESA.- ¿Quieres coger marío? Pues tendrás que aprender a réirte hasta con las tetas. **(Las tres ríen a ritmo.)**

ELISA.- O pasáte por el pueblo con bata sin mangas y la cabeza llena de lazos de colorines escandalosos, vamos, vestida de puta y medio en pelotas. ¡Ja, Ja, Ja!

TERESA.- ¡Ja, Ja, Ja!

VIRTUDES.- ¡Ja, Ja, Ja!

TERESA.- O date un garbeo por Madrid. Lo mismo allí tienes suerte y chupeteas trompeta.

(Las tres, a público, congelan algunos segundos una mueca de risa ordinaria.)

ELISA.- En el ferrocarril, por menos de 5 pesetas, vas a Madrid, ves una función de teatro, cenas, duermes y regresas al día siguiente.

VIRTUDES.- Huy, hablando de teatro. El actor Antonio Ruiz, el sastre, está de partirlo con la uña. Encima es músico

y director de la Banda Nueva. ¡Madre mía, qué artista! Ese tiene que estar bueno dentro de la cama legal y afuera. Pero, como siempre, los mejores ya están cogidos.

TERESA.- Oye Virtudes, ¿qué es de aquel que venía a verte de Tarancón?

VIRTUDES.- ¿El Almendruco? No he vuelto a saber de él. No tenía el interés que yo pensaba.

ELISA.- Venía a verte de Tarancón a lomos de borrico, eh. Interés no tendría, pero un par de cojones...

VIRTUDES.- No se decidía a nada práctico, Elisa.

TERESA.- Hu, qué plastero. No comía ni dejaba comer. Te estaba perjudicando.

ELISA.- Claro, porque las oportunidades no son tantas.

TERESA.- Tenías que haberte insinuado un pelín.

VIRTUDES.- Lo hice, pero parece que me pasé; no volvió nunca más.

ELISA.- ¿Qué hiciste?

VIRTUDES.- Le puse la mano en una teta.

(Entra ALICIA por la izquierda. Lleva una cesta con ropa sucia y dentro de una bolsa, el plato que dio OFELIA a ANTONIO. Se coloca a la izquierda, en la misma postura que las otras y lava.)

(Las tres a coro.)

¡Alicia, cariño! ¿Qué tal?

ALICIA.- Qué cantarinas.

TERESA.- Cantando se limpia mejor la mierda.

ELISA.- Si las que sufren cantaran, sufrirían menos.
(Silencio.)

VIRTUDES.- ¿Tú cantas, Alicia?

ALICIA.- Sí, pero mal; me da vergüenza que me oigan. Por eso canto sólo en mi casa. Por lo que escucho, a vosotras no os pasa lo mismo.

TERESA.- ¿Cantamos mal?

ALICIA.- Depende.

ELISA.- ¿De qué?

ALICIA.- De lo que estéis haciendo mientras cantáis.

VIRTUDES.- A mí las seguidillas se me dan de maravilla.

ALICIA.- Mientras cortas trajes, ¡seguro! **(A público, mueca malévola de las tres.)**

TERESA.- Vaya mal rato que se llevó tu marío con la piara de cerdos y gallinas que robó el tío Liendres, eh.

ALICIA.- Fue sólo una gallina, Teresa.

ELISA.- Yo escuché que se robó hasta una pareja de patos.

VIRTUDES.- Dicen que el tío Liendres está liado con la Zulema, la hija de Francisco del Nuevo.

TERESA.- ¡Toma! Y yo sin enterarme.

VIRTUDES.- La vi con otro vestido nuevo, ¡el tercero que estrena este invierno!

ELISA.- Pues hija, no sé de dónde sacará los cuartos, porque yo todavía no he visto un sólo huésped en la Casa de Viajeros que ha puesto el padre.

TERESA.- Tanto pote que se da anunciando a bombo y platillo que tiene luz eléctrica y too.

ELISA.- ¡El tío Liendres que le compra los vestidos!

VIRTUDES.- No te jode.

ELISA.- ¡Lo que vende es robao!

VIRTUDES.- 100% beneficio.

TERESA.- ¡Chorizo redomao!

VIRTUDES.- La gansa de la Zulema creará que va hermosa, pues el vestido será fino pero a ella la hace gorda.

ALICIA.- ¡Qué traje más guapo habéis cortao!

TERESA.- ¡Huy, bonita mía! Ya no se estila cortar trajes. Ahora se los compran hechos, ¡y encima se les nota la tripa!

(Entra OFELIA por la derecha. Lleva una cesta con ropa sucia. Se coloca a la derecha, en la misma postura que las otras y lava. ALICIA lava con rabia. ELISA, VIRTUDES y TERESA, al tiempo, giran las cabezas y miran a ALICIA, luego a OFELIA, luego a ALICIA y finalmente a OFELIA. Las tres se levantan al tiempo y mutis en fila india por la derecha. Expresiva reacción musical de saxo y fuera. Silencio.)

ALICIA.- **(Deja de lavar, coge el plato y se desplaza hasta el centro del escenario. OFELIA se pone de pie, en su sitio, y planta cara.)** Vamos a ver, cuéntamelo too y a

calzón quitao.

OFELIA.- ¿Qué más quieres saber?

ALICIA.- ¡Lo que no sé! Me cago en la madre que te parió. **(Silencio.)** ¿Cuánto tiempo hace que estás con él?

OFELIA.- Poco.

ALICIA.- No me engañes, muchacha, que puedo ser tu madre. ¿¡Cuánto!?

OFELIA.- No llega al año.

ALICIA.- No llega al año... ¿Y hasta dónde llega la calentura?

OFELIA.- **(Cogiendo la cesta.)** Así no hablaré contigo, Alicia.

ALICIA.- Llevo 20 años viviendo con él y he parió sus cinco hijos, así que ni se te ocurra moverte de ahí porque me vas a escuchar todo lo que a mí me de la gana.

OFELIA.- Bien. **(Deja la cesta en el suelo y avanza hacia Alicia dos pasos.)** Te he respetado siempre, Alicia; reconozco la fuerza de tu derecho, pero yo no he hecho nada ni te he robado nada. He resistido lo que he podido hasta que el corazón me ha saltado del pecho y ya no me pertenece. Ahora le quiero más que a mi vida. Tú, que puedes ser mi madre, juzga si yo tengo fuerza o no. Si nunca te hubieses enterado sería algo indiferente para ti y nadie podría decir que es un crimen. Ahora que lo sabes y eres desgraciada, ¿cómo podría ser un crimen si antes no lo era? Por eso, no me insultes ni enlodes lo que existe entre Antonio y yo, porque no es un crimen. **(Silencio.)**

ALICIA.- He llevado mi casa con energía, he educado a mis hijos con buen juicio, he soportado el mal humor, las exigencias y las groserías de mi marido, pero no ha sido suficiente; Antonio se alejaba cada vez más de los problemas familiares y llegaba más tarde a casa. ¿Pensaría que yo estaba siempre en todo y él no era necesario? Debí hablar poco, que apenas se me viera, debí guardar mis opiniones, disimular mis cualidades. Debí borrararme, convertirme en un fantasma, hacerle ver que en casa no somos nada sin él. Soportar. Amar es soportar. Esa es la fórmula que entienden ellos. Yo tracé un plan para mi familia, para él y para mí y todo se ha torcido. Dios se enfada cuando hacemos planes, nos castiga por arrogantes. No te espera un camino de rosas, Ofelia. El pueblo te va a desollar viva y te juro, por la vida de mis hijos, que no tendrás a Antonio jamás, que en la vida que me queda me convertiré en roca de hielo para defender el bienestar de mis hijos a quienes tú ni nadie les robará el

pan que se llevan a la boca. **(Le pasa el plato.)** Toma. No quiero volver a ver nada tuyo en mi casa.

(Coge la cesta y mutis por la izquierda. OFELIA cae de rodillas y llora con profundo sentimiento. Lento fade down de luz, música de instrumentos de viento, 20", aprox. y cambio.)

5 Las mironas

Al centro-fondo de la escena dos bastidores muestran un pesebrón pintado. Mientras se ilumina la escena, música de instrumentos de viento, 20", aprox. Fuera música. Entra ANTONIO desde la izquierda. Está muy arreglado y muy contento. Lleva su trompeta. Atisba a público, cavila, se pasea, murmura cosas, se rasca la cabeza, juega con los labios y se pone la trompeta en la boca como ensayando algún toque, pero no toca. Atisba a público.

ANTONIO.- ¡Ya viene!

(Hace señas con la trompeta en alto. Hace unos pasitos de zapateo americano, saca un peine, se peina con chulería y lo guarda. Silencio. Entra OFELIA desde la derecha. Viene muy acalorada y cansada. Trae una bolsa con un disfraz.)

OFELIA.- ¡Ya estoy aquí! **(Se sienta en el suelo, al centro del escenario. Silencio. ANTONIO se hace el enfadado.)** ¿Qué pasa?

ANTONIO.- Llevo aquí esperándote..., ni se sabe.

OFELIA.- Oye, que son 3 Kms. de paseíto, eh.

ANTONIO.- Y vienes cansada que te mueres, ¿a que sí?

OFELIA.- ¿No lo ves?

ANTONIO.- ¡El viajero no se cansa si camina hacia lo que ama! **(Da la espalda a OFELIA.)**

OFELIA.- Hu, que tonto.

ANTONIO.- **(Con alegría la coge de las manos, de un impulso la levanta y la abraza con pasión.)** ¡Ven aquí tulipán, nardo, pensamiento, alhelí!, ¿qué más quieres de mí?

OFELIA.- **(Desprendiéndose de él con energía.)**

Antonio, por favor. Menudo escándalo si alguien nos ve.

ANTONIO.- Que digan lo que quieran. Me los paso a toos por donde nunca me da el sol. ¡Con un par de...!

OFELIA.- Vale, vale, no sigas. Claro, tú mientras más haces más macho, ¿verdad? Pero yo...

ANTONIO.- (**Acercándose a ella meloso.**) Por eso hemos quedao aquí, en el pesebrón que nadie nos ve. (**La abraza pero ella se desprende suavemente.**) No seas cruel conmigo, cariño.

OFELIA.- Tengo miedo, siempre tengo miedo.

ANTONIO.- ¿No será a Dios, verdad?

OFELIA.- No.

ANTONIO.- Menos mal. Pecar en secreto no es pecar.

(**OFELIA le mira con complicidad. Él la abraza.**)

OFELIA.- Vas muy guapo, pero te arreglas demasiado.

ANTONIO.- Me gusta cuidar la apariencia a pesar de que la gente es tan desconfiada y mala; pensarán que obtengo muchos beneficios mientras ellos siguen hundidos en la mierda. Que piensen lo que quieran. Me da igual.

OFELIA.- Yo no pienso eso de la gente bien vestida. Se lo habrán ganao, suerte, qué sé yo.

ANTONIO.- (**Intenta besarla.**) ¡Qué inocente manzana!

OFELIA.- (**Desprendiéndose suavemente.**) Antonio, estás mu caldeao, eh.

ANTONIO.- No lo sabes tú bien, moza.

OFELIA.- ¿Por qué soy inocente?

ANTONIO.- Cuando decimos que el triunfador tiene suerte, no queremos reconocer que se lo ha ganao. Y el triunfador piensa siempre que le tienen envidia. (**Silencio.**) ¿Dame un beso?

OFELIA.- (**Se agacha a coger el disfraz de la bolsa; le da el culo a ANTONIO.**) He traído algo pa enseñarte.

ANTONIO.- (**Mirándole el culo.**) ¡Que se me sale el corazón de la caja!

OFELIA.- (**Da la cara a ANTONIO y esconde detrás el disfraz.**) ¿Qué dices?

ANTONIO.- (**Arrodillándose.**)

Me gustas enterita

manzana de ojos pardos
linda como los nardos.
Mi cuerpo ya tiritita
quiero tiempo eterno
el resto al infierno.

(OFELIA muestra un disfraz de princesa mora, se lo sobrepone cubriéndose con el velo la mitad de la cara y hace para él un breve y coqueto paseíto. ANTONIO la sigue de rodillas. Canta.)

Tus ojos dicen que sí
tus ojos dicen que no.
Qué dirían si supieran
lo que estoy pensando yo.
¡Ven aquí morita mía que me pierdes!

OFELIA.- (Quitándose el disfraz.) No, que arrugas el disfraz y no tengo otro pa carnavales.

(Guarda el disfraz en la bolsa. ANTONIO se pone de pie.)

ANTONIO.- ¿Sabes una cosa, Ofelia? (**Silencio.**) Un niño en su niñez no se divierte ni la mitad que un adulto en su adulterio.

OFELIA.- ¡Antonio, por Dios!

ANTONIO.- Tengo que hacerte una confesión.

OFELIA.- Huy, madre. (**Silencio.**)

ANTONIO.- Yo no conocía el amor profundo hasta que tú apareciste en mi vida. (**Se abrazan con sentimiento. Silencio.**)

OFELIA.- Tengo tanto miedo.

ANTONIO.- Te protegeré hasta el día que me muera; No hay peligro que justifique tu miedo. (**La coge de la mano, coge su trompeta y mutis de ambos detrás de los bastidores, por la izquierda.**)

(**A la derecha de la escena aparecen tres cabezas, son ZOILA, EMILIA y CÁNDIDA. Sus maquillajes son grotescos.**)

CÁNDIDA.- ¡Ay ay ai! ¡Lo que he visto!

ZOILA.- ¡Lo mismo que yo!

EMILIA.- ¡A ver lo visto!

(**Entran las tres, cada una lleva una cesta de comida. Avanzan sigilosas hacia los bastidores.**)

CÁNDIDA.- Esperad. (**Se detienen.**) Era un hombre y una mujer. Seguro.

ZOILA.- ¡Un revolcón! Ay, madre. ¡¡Un revolcón!!

EMILIA.- ¡¿Pero quienes?! ¡¿¿Quiénes son??!

CÁNDIDA.- ¿Si entramos y los vemos en plena faena? Qué corte. Esperemos a que salgan. (**Va hacia la derecha y se sienta en el suelo.**)

ZOILA.- Entramos las tres o ninguna.

EMILIA.- (**Deja la cesta en el suelo, se acerca a un bastidor y escucha.**) Se escucha como un jadeo.

CÁNDIDA.- No jodas. (**Se levanta y va al bastidor.**)

ZOILA.- Donde hay bellotas hay cerdos. (**Deja la cesta en el suelo y va al bastidor. Escuchan. Las tres van en puntillas al borde derecho del escenario.**)

CÁNDIDA.- Las cestas, so par de brutas. (ZOILA y EMILIA, van y vuelven con las cestas.) Cómo te gustaría estar ahí dentro, eh..., guarrilla.

ZOILA.- Cállate, ignorante. Tú sí que eres guarra.

EMILIA.- Yo no me muevo de aquí hasta que salgan.

CÁNDIDA.- ¿Por qué soy guarra, a ver?

ZOILA.- ¿De quién es la cría que nació en tu casa? Dí, a ver.

CÁNDIDA.- Secreto pa siempre. Jódete.

EMILIA.- Callaros, par de pavas. A ver si escuchamos algo.

(Escuchan.)

CÁNDIDA.- Huy, la cara de calentorra que pone ésta.

EMILIA.- ¡Que te calles, coño avinagrao!

CÁNDIDA.- ¡AHH!

ZOILA.- (Tapando la boca a CÁNDIDA.) Zopenca, que nos van a escuchar.

EMILIA.- Pa escribir una novela erótica.

CÁNDIDA.- Huy, la analfabestia va a escribir. Ni con el deo pelao escribes tú.

EMILIA.- Anda, véte a coser y a limpiar. Pa lo único que vales: venga apretar con hígado crudo.

ZOILA.- ¿Habéis venido a pelear o a traer comida a los maridos?

EMILIA.- Ojalá que esos salgan pronto de ahí, porque los maridos llevan toda la noche cuidando la era.

CÁNDIDA.- Los maridos... El tuyo y el mío, porque ésta se quedó pa vestir santos.

ZOILA.- Pa la piltrafa de marío que tienes tú, mejor no tener na.

CÁNDIDA.- Por lo menos uno me soba, tú, a sobarte sola.

ZOILA.- A ti lo avinagrao no se te quita ni aunque te sobe un burro.

CÁNDIDA.- No me calientes que cuando me caliento me sale too.

EMILIA.- ¡Shit!

(Escuchan.)

ZOILA.- Si no se escucha na.

EMILIA.- Joder. Si estáis cascando...

ZOILA.- Pa que te enteres, no me casé porque los hombres no se atrevían a hablarme. Me consideraban superior a ellos.

(CÁNDIDA ríe de manera ordinaria.)

EMILIA.- Los hombres son idiotas perdíos. Prefieren a las tontas porque creen que su misma bobería las hace virtuosas.

ZOILA.- Toma. Ya puedes guardar bien tu secreto, Cándida.

CÁNDIDA.- Por aquí me entra y por aquí me sale. Y tú aplicate el cuento.

EMILIA.- Perdona, guapa. Mi marido me lo impuso mi padre porque tenía más olivas que él... Mi marido no me da de hostias, pero a ti...

CÁNDIDA.- Te eligió él y como tú dices, por tonta. Y encima le sales huera, que se te han muerto dos hijos...

EMILIA.- ¡Hija de puta...!

ZOILA.- **(Tapando la boca a EMILIA.)** No chilles. A ver si son ellos los que escuchan, joder.

(EMILIA saca una pequeña muñeca de trapo. Silencio.)

No terminan nunca, oye. ¿Estarán todavía...?

(Gesto con el antebrazo. Quita la muñeca a EMILIA de un manotazo.)

Quita esa muñeca, joder, que ya no eres una cría. **(La guarda en su bolsillo.)** Imagínate mejor lo que estarán haciendo dentro. Como no tengo novio que me haga cosas, me contento con imaginar lo que otros hacen a sus novias.

CÁNDIDA.- Ya.

EMILIA.- Esta tarde me iré a ver pasar el tren. Dáme mi muñeca.

ZOILA.- Que no.

CÁNDIDA.- En el periódico que nos leyeron el otro día,

venía el caso de una que había usado polvos de diferentes colores preparados con una máquina mágica. La mujer los usó y en un mes diez hombres le pidieron la mano.

ZOILA.- No me lo creo. ¿Dónde venden los polvos esos?

CÁNDIDA.- En el periódico lo pondrá. Vente, mañana nos leerán un folletín erótico que se llama, la Ola Verde.

ZOILA.- Qué bien.

CÁNDIDA.- **(En secreto.)** ¿Qué le pasa a Emilia?

ZOILA.- Que te has pasao de bruta, como siempre.

CÁNDIDA.- **(En secreto.)** A ésta siempre le da por quedarse callá: o no tiene na que decir o tiene mucho que ocultar.

EMILIA.- Que te he escuchao... Como no encuentres lo que tienes escondío en el alma y lo saques fuera, te pasarás toa la vida avinagrá.

ZOILA.- Se acabó. Una pelea más y os doy de hostias a las dos.

(EMILIA se pasea muy nerviosa.)

CÁNDIDA.- **(En secreto a ZOILA.)** ¿Qué le pasa?

ZOILA.- ¿Quieres enterarte por qué está mala? Inventa qué mal puede ser, finge que lo sufres y verás cómo te lo cuenta.

(Devuelve la muñeca a EMILIA que la arrulla como si fuera un bebé.)

(En secreto a CÁNDIDA.)

Esa muñeca era el único juguete que tenía cuando pequeña. Cree que es el hijo que nunca tuvo.

CÁNDIDA.- **(Tocándose la frente.)** Tengo fiebre, me duele la garganta.

ZOILA.- **(Se aleja de CÁNDIDA; EMILIA también, protegiendo la muñeca.)** La gripe, ésta está infectá y nos pega la gripe.

CÁNDIDA.- Exagerá.

EMILIA.- Has traído la epidemia a Santa Cruz.

CÁNDIDA.- Yo no. Ha sido otra.

EMILIA.- ¿Quién?

CÁNDIDA.- Zulema, de la Casa de Viajeros.

ZOILA.- Huy, la que ha pinchao con el tío Liendres.

EMILIA.- No me extraña, el otro día la vi con él a brazo partido.

CÁNDIDA.- Ya os decía yo que a esa le iba la marcha.

(Los bastidores se mueven. Las tres expectantes, observan. Silencio. Desde la izquierda de los bastidores, sale ANTONIO con un saco de paja muy abultado.)

EMILIA.- ¡Antonio!

CÁNDIDA.- Y nosotras aquí cascando, pensando que estábamos solas.

ZOILA.- (Va a la izquierda de los bastidores y mira detrás.) ¿Estabas solo?

ANTONIO.- Como vine al mundo.

(Mutis por la derecha. Entre bambalinas, potente toque de trompeta. Las tres miran a público y se meten detrás de los bastidores, por la izquierda.)

CÁNDIDA.- ¡¡ESTÁ REMOVÍA LA PAJA!!

ZOILA.- ¡¡LA CRÍA, ESTABA CON LA CRÍA!!

EMILIA.- ¡¡O CON OTRA PORQUE ÉSE TIENE VARIAS!!

CÁNDIDA.- ¡¡EL SACO, GILIPOLLAS!! ¡¡LA LLEVABA EN EL SACO!!

(Música de instrumentos de viento, 20'', aprox. y cambio.)

6 El ventanuco

Al fondo dos bastidores pintados muestran la casa paterna de OFELIA, en cuya cueva vive con sus dos hijos. En la cueva hay un ventanuco a través del cual los amantes se ven. Es de noche. Luz azul. Música de instrumentos de viento, 20'', aprox. Delante de los bastidores, una silla. Han pasado tres años desde la escena anterior. Fuera música. En off, sonido de grillos durante toda la escena. Entra ANTONIO, desde la izquierda; lleva una cesta con comida.

ANTONIO.- Ofelia. **(Silencio.)** Ofelia.

(Silencio. Entra OFELIA desde la derecha. Tiene ojeras. Lleva una labor de ganchillo. Silencio. Le pasa la cesta.)

Toma, cariño. Hasta jabón y pasta de dientes te he traído pa que la boca se te quede fresquita.

OFELIA.- Qué lujo.

ANTONIO.- Va de too, menos carne.

OFELIA.- Los niños se desmaman con leche de cepas, ¿verdad?

ANTONIO.- ¿Te han dao mucha guerra?

OFELIA.- (Se sienta.) El niño no, pero la niña llora mucho por las noches.

ANTONIO.- Nacemos llorando y dejamos de hacerlo cuando morimos.

OFELIA.- Vaya consuelo.

ANTONIO.- En la carta van todos los cuartos que he hecho haciendo chapuzas.

OFELIA.- Se te da bien la carpintería.

ANTONIO.- Qué remedio.

OFELIA.- Las curvas de la vida son peligrosas, jamás están señalizadas. **(Silencio.)**

ANTONIO.- (Le coge la mano y se la besa con sentimiento y ternura.) Te quiero, Ofelia, te quiero más que a mi vida. Si te hubiera dejao escapar, como un perro abandonao andaría, hundío en el vicio por haberte perdío... La única mujer a la que he amado en toda mi vida.

(Silencio.)

OFELIA.- La niña ha cumplido cuatro meses.

ANTONIO.- ¿Puedo verla?

OFELIA.- ¿Qué dices? Con lo que me ha costao que se durmiera.

ANTONIO.- ¿Y al chico?

OFELIA.- Tampoco. Ese duerme como un tronco. Mañana que está de cumpleaños le verás, ¿no?

ANTONIO.- ¡Hombre! Tres añitos cumple. Ya le he terminao su carrillo de madera.

OFELIA.- Mañana, sobre las 5, daremos un paseo por el camino de Villamanrique.

ANTONIO.- Allí estaré.

OFELIA.- Más te vale porque la semana pasada no se te vio el pelo. Trotero.

ANTONIO.- Tuve que ir a Toledo. Me mandó el alcalde, te lo dije.

OFELIA.- ¿Qué tal los ambientes de noche por allí? Juerguista.

ANTONIO.- Más quisiera yo. Pasaron esos tiempos. Me fui pensando en ti y volví pensando en ti. **(Tose.)**

OFELIA.- Esa tos, Antonio. No me gusta. ¿Fuiste al médico?

ANTONIO.- Sí. Me dijo que si como y cago bien es que estoy sano. **(Tose.)**

OFELIA.- No me fío.

ANTONIO.- Nadie se fía de nadie, cariño. Está la cosa muy revuelta. Los campesinos están enfurecidos, como olla a presión llena de odio y resentimiento. La gente quiere que acaben los privilegios escandalosos de los políticos.

OFELIA.- Yo he pensao en irme a Madrid, a trabajar de chalequera, planchaora, cigarrera, no sé.

ANTONIA.- Ni hablar.

OFELIA.- No estoy bien aquí, en casa de mis padres. Desde que me echaron cuando nació el chico, las cosas con ellos no son lo mismo.

ANTONIO.- Pero volvieron a aceptarte cuando nació la niña.

OFELIA.- Pero en la cueva de la casa. Por lástima. Porque se enteraron de que parí sola en un camino; porque me

vieron con los dos críos cogiendo aceitunas y vendimiando; y porque acepté la condición que me pusieron: cuidarles hasta que mueran. Pero eso no me importa...

ANTONIO.- ¡Maldita la hora en que nací!

OFELIA.- Cállate, que todo el mundo duerme.

ANTONIO.- No tener dinero. Dios, qué mal has repartío esto.

OFELIA.- Parirás con dolor... ¿No?

ANTONIO.- Una mierda. Con dinero no habrías parido así ni tendríamos que vernos a través de éste ventanuco. Yo nací con mala suerte.

OFELIA.- Los grandes espíritus saben librarse de la desgracia, Antonio.

ANTONIO.- No hay un sólo día bueno pal pobre. Ir por el mundo sin espada, de acuerdo, pero sin el escudo del dinero, es ir de suicidas.

OFELIA.- He aprendido tanto en tan pocos años. Las mujeres me llaman pa que las ayude cuando están de parto. En el campo, recogiendo frutos, todos me respetan, me aprecian, nunca cojo un fruto que no me dejen los agricultores. No sé, en algún momento hay que resignarse a no ser más que uno mismo.

ANTONIO.- El dinero no puede sustituir al amor, pero el amor necesita del dinero para sobrevivir.

OFELIA.- Deja ya de pensar en el dinero. (**Hace ganchillo.**) ¿Por qué no quieres que vay a a Madrid? Allí hay más trabajo que aquí.

ANTONIO.- La idea de que trabajes me humilla.

OFELIA.- Pero si aquí también trabajo porque no hay más remedio.

ANTONIO.- Pero aquí puedo darte lo que gano haciendo chapuzas. La mujer debe estar en el hogar, criando a los hijos.

OFELIA.- Un hogar... Tú viviendo con nosotros... Un hogar nuestro, lo pondría acogedor, lleno de alegría. Haría un paraíso del más humilde rincón de la tierra para que nunca te alejaras de casa.

ANTONIO.- (Tose.) ¿Alejarme de ti? A palos tendrías que echarme.

OFELIA.- (Le coge la mano.) Tengo miedo.

ANTONIO.- Deja ya el maldito miedo, mujer, que todavía

tengo mucha guerra que dar.

OFELIA.- Así me gusta oírte hablar. Tú nos vas a enterrar a todos. Cuando me muera quiero que tú me toques la música en el entierro.

ANTONIO.- Largo me lo fías, cariño. No seré yo quién vay a a tu entierro. Dios me escuche y el diablo se haga sordo.

OFELIA.- La mala hierba no muere.

ANTONIO.- ¿Soy mala hierba acaso?

OFELIA.- No. Pero mala leche sí.

ANTONIO.- ¿Quién puede saber el futuro? Estaremos a lo que salga.

OFELIA.- Pero no con ánimo fatalista.

ANTONIO.- Eso quisiera yo. La única manera que tenemos de saber lo que puede pasar, es mirando pa atrás; y a mí, lo único bueno que me ha pasado en toda mi vida, eres tú.

OFELIA.- Y nuestros hijos. No me tires pa abajo, Antonio; con lo que nos ha caído, necesito mucha fuerza.

ANTONIO.- Eso. Pongámonos contentos. Pensemos en el lado bueno: la única forma de combatir la alta mortalidad infantil es trayendo hijos al mundo.

(Ambos ríen.)

OFELIA.- ¿Tú crees que yo soy una mujer interesante?

ANTONIO.- ¿Qué?

OFELIA.- Sí. Interesante... Quiero decir, interesante por mí misma, no porque tenga hijos tan joven, que eso es un incordio, pero bueno...

ANTONIO.- No entiendo na.

OFELIA.- Interesante, Antonio..., por mí misma. No porque tenga hijos con un hombre guapo, chulete y bien plantao como tú.

ANTONIO.- (Crecido.) Bueno, cariño, tú también eres guapa.

OFELIA.- No me refiero a eso. No me entiendes, Antonio.

ANTONIO.- ¿Algún mozo joven te ha dicho que eres interesante?

OFELIA.- Que no. Déjalo.

ANTONIO.- No me vengas con esas, eh.

OFELIA.- Ay, qué tonto. **(Se levanta.)** Ven, dame un beso.

ANTONIO.- (Se quita la gorra y tapando los rostros la besa.) Algunos, de un amor prohibido hacen un poema, yo hago un adulterio.

OFELIA.- Qué chulo, madre mía.

ANTONIO.- Te he conseguido un farol de aceite. Mañana te lo daré.

OFELIA.- ¿Para qué?

ANTONIO.- Pal teatro. Tengo entradas pa una zarzuela que echan. La luz eléctrica que hay no vale pa na, hay que llevar farol igual.

OFELIA.- Bueno... **(Ambos escuchan.)** Alguien viene. Escóndete.

ANTONIO.- A la mierda.

OFELIA.- Antonio, por favor.

ANTONIO.- Que no me escondo, joder.

OFELIA.- ¿Tú estás mal de la cabeza o qué te pasa?

(Escuchan.)

ANTONIO.- No hay nadie, mujer. Sólo las farolas, guardias civiles iluminados.

OFELIA.- Chistoso.

ANTONIO.- Quiero que aprendas a leer.

OFELIA.- Como si tuviese mucho tiempo.

ANTONIO.- Da igual. Pero no quiero que te juntes con las locas esas que van al pajar a escuchar cochinas.

OFELIA.- Son relatos eróticos, tonto.

ANTONIO.- Por eso. Te los cuento yo y punto.

OFELIA.- Que no iré. No te enfades, anda. Pa echar cuentas, de momento me apaño con garbanzos.

ANTONIO.- Pero debes aprender a leer pa que luego le enseñes a los niños. No quiero que sean ignorantes como

nosotros.

OFELIA.- Ya aprenderé... Y los niños también.

ANTONIO.- Tienen que tener armas pa combatir en esta vida, que es muy dura.

OFELIA.- Bueno.

ANTONIO.- Ellos tendrán que ayudarte el día que yo me vay a pal otro barrio.

OFELIA.- Ya estamos.

ANTONIO.- Tendré que morirme, ¿no? ¿En qué fuerza vas a apoyar tu debilidad?

OFELIA.- Yo tengo fuerza y mucha fe.

ANTONIO.- Eso está bien.

OFELIA.- Incluso animo a mis padres.

ANTONIO.- Si se ponen pesados contigo, hablaré yo con ellos.

OFELIA.- ¿Tú estás tonto?

ANTONIO.- A ver si te crees que me voy a cortar.

OFELIA.- A veces protestan porque tienen que quedarse con los críos... Tengo que salir, no va a venir aquí la comida.

ANTONIO.- La próxima semana te traeré un saco de trigo.

(Silencio.)

OFELIA.- ¿Estás pensando en tus otros hijos?

ANTONIO.- No. **(Silencio. Se quita la gorra y la limpia.)**

OFELIA.- ¿Qué haces?

ANTONIO.- ¿No lo ves?

OFELIA.- Que manía con la ropa. Trae. **(Le coge la gorra.)** Si está limpia.

ANTONIO.- Trae.

OFELIA.- No.

ANTONIO.- Dáme la gorra...

OFELIA.- Cógela tú.

(Breve juego de acercarle la gorra y ANTONIO que no la coge.)

ANTONIO.- (En un rápido movimiento, ANTONIO le coge la muñeca y le quita la gorra.) Ven que te tienta.

**(ANTONIO tapa los rostros con la gorra y se besan.
Música de instrumentos de viento, 20'', aprox. y cambio.)**

7 La despedida

Al fondo-centro, los dos bastidores del episodio 2, El hogar del pregonero. En off, canta Adelina Patti, Julián Gayarre o Caruso. A la derecha, la mesa sin mantel, una radio de la época, detrás de ésta la gorra de ANTONIO. En la mesa un llamativo florero grande, blanco o de otro color vivo, pero sin flores; dos sillas. Cuando se ilumina la escena, ANTONIO está sentado junto a la mesa, sobre los hombros una manta. Tiene ojeras. Mata moscas con un matamoscas, también las coge al vuelo con la mano.

ANTONIO.- (Se da un golpetazo en la cara.) ¡Me cago en la leche jodía! ¡No pican, maman! ¡Aquí no se puede estar de las moscas que hay...! (Silencio. Apaga la radio y fuera música.) ¡¿Alicia?! ¡¿Has limpiado bien esta habitación?!

ALICIA.- (Voz en off de.) No empecemos, eh!

(ANTONIO tose.)

ANTONIO.- Ya empieza el invierno... (Levanta lentamente el matamoscas), estáis locas porque vais a morir... (Mata violentamente una mosca aplastándola sobre la mesa con el matamoscas.) ¡Muérete y que te entierren boca abajo por si quieres salir, te vayas más pa abajo.

(Entra ALICIA desde la izquierda; trae un tenderete y sobre éste un barreño con ropa que tiende. Lo coloca a la izquierda de la escena, frente a público. Su aspecto es visiblemente más ajado. Han pasado tres años desde *El hogar del pregonero.*)

ALICIA.- Hace un viento frío.

ANTONIO.- Tiende aquí.

ALICIA.- Si tú no me lo dices no me doy cuenta.

(ANTONIO tose. Silencio.)

ANTONIO.- Parece que este año no comeremos las uvas de Nochevieja.

ALICIA.- Menuda cosecha.

ANTONIO.- Filoxera puñetera.

ALICIA.- Haber usado los abonos minerales esos.

ANTONIO.- Los agricultores se han cerrado en banda. Dicen que eso es droga pa la tierra. Puro estiércol y fuera.

ALICIA.- Como sigan así.

ANTONIO.- Por lo menos cayó algo de agua este año.

ALICIA.- Gracias a la procesión pa pedir agua.

ANTONIO.- Ya lo decía yo: pa lo único que los curas tienen algo de fuerza es pa que llueva, ¡y no sé por qué! Tenía que haber ido a la procesión pa enterarme.

ALICIA.- No estás tú pa procesiones.

ANTONIO.- Muchas gracias. **(Tose.)**

ALICIA.- **(Desplazándose hacia la derecha.)** Es la hora de tu medicina.

ANTONIO.- No me la voy a tomar.

(ALICIA se detiene y vuelve al tenderete.)

ALICIA.- Antonio, yo no te voy a obligar a tomar tus medicinas.

ANTONIO.- No valen pa na. Mimos y ánimo es lo que necesito. **(Tose.)**